

HORTENSIA.

NOVELA

POR ALFONSO KARR.

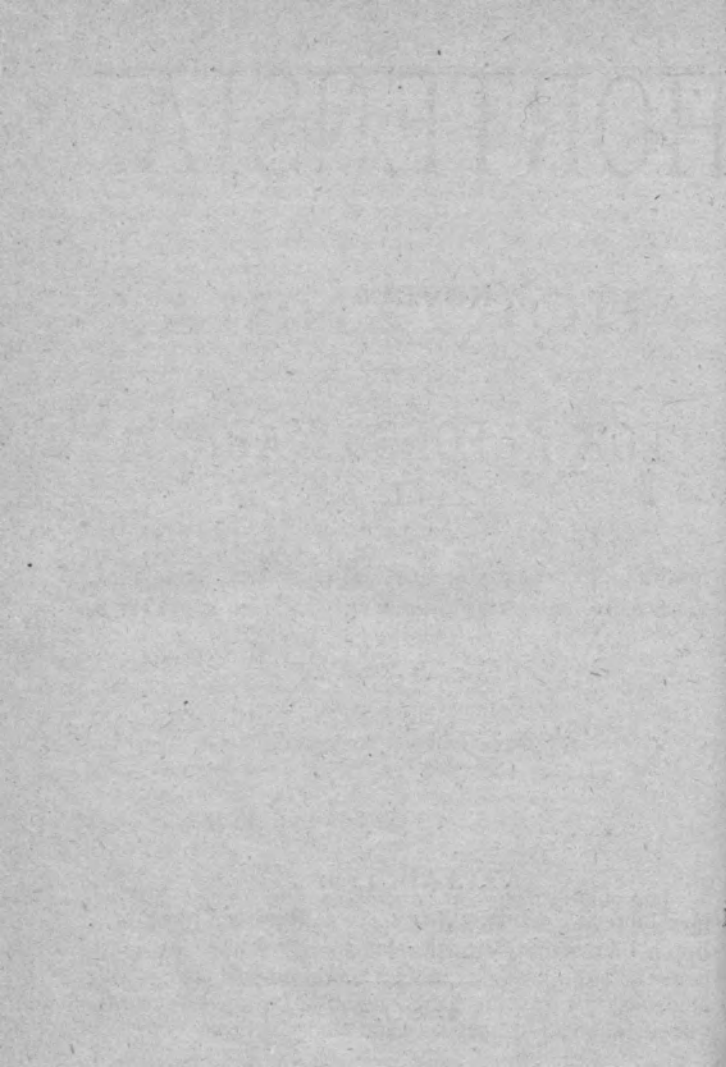


JOSÉ VAZQUEZ-YLLI
SABATER
VALLADOLID

VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1880.



HORTENSIA.

I.

HISTORIA DE LADRONES.—LOS AMIGOS LITERARIOS.—LAS
TARTANAS.—SALIDA DE CÁRLOS LEFLOCH CON EL PAPEL DE
CRIADO.

Fernando a Próspero.

25 de junio de 182...

Los viajes prueban, mas bien que curiosidad por las cosas que no se van á ver, fastidio de las que se dejan. Ya sabes, querido Próspero, á qué grado de penuria habiamos llegado, y cuán imperiosa ha sido la necesidad que me ha hecho intentar un nuevo ataque á la bolsa de mi querido tio y tutor.

El negocio vá presentando mejor aspecto del que yo me figuraba, y despues de haber explorado lo suficiente el terreno, voy á aventurar una accion definitiva dentro de dos ó tres dias.

Nuestro viaje ha sido como lo son casi todos; nada nos ha sucedido, y un tránsito de cincuenta leguas no es bastante largo para que se puedan inventar incidentes. Carlos venia en lo interior y yo en el cupé de la diligencia con otros tres individuos que se han creído todos en la necesidad de darme la razon respectiva de hallarse en aquel departamento democrático del coche. Uno de ellos viajaba allí *por gusto* porque las vistas eran mejores; el otro no habia hallado otro sitio; el último no podia satisfacer en otro sitio su vicio de fumar. Estraña cosa es la vanidad; comprendo una mentira que tenga por objeto el hacerse agradable á los demás; pero las de mis compañeros de viaje no querian significar mas que esto: «Ruego á V. que no crea que voy aquí por falta de dinero, como usted, encaramado en lo alto del coche con los fardos.» Me puso esta impertinencia de bastante mal humor, y mucho mas porque habian tomado posesion de las únicas tres mentiras que podian disimular nuestra miseria, de modo que me reducian á decir la verdad ó callar.

Si mi carta hubiera de publicarse ó de ser leida siquiera por una docena de personas, puedes estar seguro de que yo usaria aquí de todas mis ventajas, y me serviria de tí como todo viajero se sirve del amigo á quien escribe.

«Quédate en Paris (te diria), tú, que mas juicioso que yo, te has consagrado á los cálculos de la fortuna y las luchas de la ambicion; tú, criterio exaecto que sabes apreciar el valor de las cosas, que no te dejas llevar de vanas y poéticas ilusiones, etc.»

Lo cual significa que el amigo á quien se escribe es un cualquiera, un tendero, un logrero, un ente vul-

gar destinado á realzar por medio de un contraste el alma elevada, el desinterés artístico, la desenvoltura poética del amigo que escribe.

Pero mi carta, que está destinada á encender tu pipa, no arrojaria por eso una llama mas brillante ni mas pura; no me aprovecharé pues mas que de una sola de las ventajas que me ofrece mi posicion de viajero, enviándote una lista de encargos para mi, encargos que sin duda no harias para ti, que yo encontraría tambien algun medio para dejarlos sin hacer si me hallara en Paris, pero que vista la distancia y la imposibilidad en que me hallo de hacerlos, me parecen tan urgentes, que te ruego no retrases su cumplimiento.

Cuando te decia que mi viaje no se habia señalado por incidente alguno, me olvidaba de mencionar las aventuras de ladrones que fueron dos diarias, es decir, á las horas de almorzar y de comer en las posadas.

Algunos ladrones en despoblado, al ver los progresos de la civilizacion, las escuelas primarias y el desmonte de la Francia, al considerar que los ahorcaban de vez en cuando y que los enviaban con frecuencia á presidio, se han creido obligados sin duda á introducir en su profesion ciertas modificaciones, mas bien aparentes que verdaderas, que la han colocado á la altura de las demás industrias. Han tomado una patente, y para no abandonar el teatro de sus antiguas hazañas, se han establecido de posaderos en los caminos reales: allí esperan como antes á los viajeros, solo que en lugar de hacer la caza corrida, hacen la de reclamo; atraen á los infortunados viajeros con el aliciente de una comida ó de un almuerzo supuesto, y cuando ha caido en la tentacion, el posadero los desbalija horrorosamente con la licencia del señor alcalde y con la proteccion del gobierno y de la gendarmería.

Tanto me llegué á convencer de esa ligera variacion en las costumbres de los ladrones, que tenia tanto miedo á la aparicion de un gorro blanco de algodon y de un delantal con un cuchillo de cocina, como los viajeros de antaño cuando veian salir de sus emboscadas á los bandoleros de sus tiempos, que no se ven ya hoy mas que en el teatro, con un sombrero á lo Enrique IV, chaqueta y calzon pardo, un cinturon encarnado lleno de pistolas, y botas amarillas á la antigua.

Carlos ha desempeñado perfectamente su papel. Hemos encontrado nuevos argumentos que oponer á tu preocupacion en desaprobacion que Carlos me acompañase. Dime: ¿habriais podido vivir bien los dos hasta mi regreso con el dinero que quedaba en caja? ¿No era de absoluta urgencia librarte de Carlos, que era para tí de ese modo una carga pesada? ¿Y en este caso, crees que mi tio hubiera recibido bien la invasion de un amigo mio, y que le hubiera predispuesto en mi favor para votar las cantidades que voy á pedirle que me conceda de lo que me dejó mi padre? ¿La idea que le ocurrió á Carlos de representar el papel de criado mio no tiene la triple ventaja de mantenerle perfectamente á costa de mi tio, de halagar la vanidad de mi tio con la apariencia de un sobrino tan elegante que viaja con un criado, y de hacerle entender asi que mi posicion en la sociedad exige un suplemento de pension algo considerable? Y por último, ¿no reune además la conveniencia de hacer reinar la alegría en un viaje y en una residencia fastidiosa?

Cuando llegamos á Nevero, dejamos la diligencia que seguia por el camino de Clermont. No podiamos salir hasta el dia siguiente, á las tres de la mañana, y esto si encontráramos asientos. Nos alojamos, (no hay medio de evitar en la descripcion de un viaje este infame pretérito; partimos, nos embarcamos, nos quedamos... que bastaria por sí solo para hacerme detestar

los viajes y los viajeros; pero me alegro al mismo tiempo de poder hacer uso de él ahora); nos alojamos en casa de un fondista del arrabal que estaba muy ocupado siempre con la idea de una fonda magnífica que estaba haciendo construir en otro barrio de la ciudad.

—«Hombre, los cuartos que nos dá V. son malísimos» le dijo Carlos.

—«Caballero, contestó el fondista, en la fonda que se está haciendo para mi habrá cuarenta cuartos de amos y treinta de criados.»

Carlos.—«Los vidrios están rotos, el papel de las paredes hecho pedazos.»

El fondista.—«El otro estará alfombrado, las escaleras enceradas todos los días, las camas serán excelentes.»

Carlos.—«Nuestras camas no tienen colgaduras.»

El fondista.—«Habrá una sala de billar y una sala de baños.»

Carlos.—«El vino que nos dá V. es malísimo, no se puede beber.»

El fondista.—«He hecho un convenio con los cosecheros, y tendré la bodega mejor surtida de toda la provincia. Habrá particularmente un Burdeos...»

A las dos y media de la mañana nos vinieron á llamar de la diligencia; golpeaban la puerta estrepitosamente.

—«¡Eh! los viajeros que han pedido los asientos para...»

El criado de la fonda vino á llamar á nuestras puertas.

—«¿Son Vds. los que han pedido dos asientos para...?»

—«Sí.»

—«Pues bien, levántense Vds., que les vienen á llamar.»

Nos vestimos á toda prisa y cogimos nuestras ma-

letas. El criado bajó á alumbrarnos con una linterna.

—¡Eh! aquí tienes tus viajeros.

—¿Son Vds., nos dijo entonces el mozo de la diligencia, los que han pedido dos asientos para...?

—Si señor.

—¡Ah!... pues es que no los hay.

—¿Cómo que no los hay?

—No señor; el coche de Paris ha venido lleno.

Cárlos, con la mas imperturbable sangre fria, rogó al criado de la fonda que nos dispensara la molestia que le habiamos ocasionado, el cual nos dijo que no habia habido molestia alguna. Nos volvimos á la cama. Por la mañana nos vimos acosados por una infinidad de tartaneros. No sabes tú, querido Próspero, lo que es una tartana. Escucha la descripcion de ella, y compadece á tus dos amigos magnánimos que te han dejado entregado á las dulzuras, á la paz, al *farniente* del taller, para ir así á correr aventuras. ¿Has visto alguna vez á la portera de casa cuando encuentra por la mañana alguna víctima de la golosina en la ratonera, coger esta y sacudirla violentamente con ambas manos hasta que el infeliz prisionero cae exánime sobre el pavimento de su calabozo? Pues lo propio le sucede exactamente al infortunado que se aventura á caminar en el interior de una tartana. El suelo del carruaje, á cada paso que dá el caballo, le envia al techo; este le rechaza al suelo, que á su vez le arroja al techo.

Espliqué á Cárlos lo que eran las tartanas, y despedimos horrorizados á los tartaneros. Un hombre nos ofreció entonces una calesa; Cárlos iba á admitir su oferta sin vacilar; pero yo, mas prudente ó mas escarmentado, temí que fuera una tartana disfrazada. Pido que me la enseñen, y veo efectivamente una calesa verdadera, algo destrozada en verdad, pero suspendida y con almohadones. Subimos en ella entu-

siasmados, y nos ponemos en camino felicitándonos de no tener que hacer en tartana las once leguas que hay desde Nevers á la casa de mi tío. Anduvimos así cinco leguas. El calesero nos pidió el dinero y se lo dimos, añadiendo una propina decente. Al llegar á la quinta legua, nos paramos á almorzar: eran las diez de la mañana. Almorzamos. Nuestro calesero se marchó al concluirse el almuerzo; creimos que iria á enganchar. Pasado un cuarto de hora nos preguntó el posadero si queríamos subir al coche. Salimos y vimos á la puerta la mas infernal de las tartanas.

—¡Ah! le dije á Carlos, ven á ver cómo son las tartanas, y formarás una ida del terrible suplicio que hemos evitado. ¿Ves? están colocadas sobre el mismo eje.

—Y en un camino empedrado.

—Como te dije: el raton de la portera.

—Quisiera ver la facha de los infelices que martirizan en ese vehículo.

—Están almorzando.

—¡Pobres diablos! bien lo necesitan.

—¿Quieren Vds. subir al coche? repitió el posadero.

—Pero ¿dónde está? le preguntamos.

—¿No le ven Vds. ahí? dijo, y nos señaló á la... tartana.

—¡Hombre, no! ¡si nuestro carruaje es la calesa! le dije

—¡La calesa!... es la que nos ha traído, añadió Carlos.

—¿La calesa del tío Juan? preguntó el tartanero.

—Sí.

—Ya lo sé; pero el tío Juan nunca pasa de aquí, y yo soy el que me encargo de llevar los viajeros a su destino.

—Eso es una picardía.

—No diré que no, pero yo no tengo la culpa. La tartana al fin no es muy mala.

—Queremos nuestra calesa: ¿dónde está?

—Va por el camino de Nevers.

—¿Y el tío Juan?

—En el pescante.

—Esto no ha de quedar así. Debe haber aquí un alcalde, una autoridad cualquiera.

—Sí, en Moulins.

—¿Si nosotros no vamos á Moulins!

—Ni este es el camino; pero hay autoridades en Nevers.

—Gracias, buen hombre; ¿habiamos de volver á Nevers? Pero ya pasaremos por allí á la vuelta, y tendré el gusto de apretarle el gañote al tío Juan.

—Hagan Vds. lo que gusten. ¿Quieren subir?

—¿En tu maldita tartana?

—No tengo otra cosa.

—La calesa no es mas que un cebo con el cual el tío Juan, el bribon del tío Juan, atrae los viajeros para engañarlos.

—¿Quieren Vds. subir?

—¿Ahí dentro?

—¿En tu caja?

—¿En tu aiaud?

—Ya les he dicho que no tengo otro cosa; la chica mas guapa no puede dar mas que lo que tiene.

Nos decidimos por fin á subir. La tartana tenia dos caballos de la fuerza de *uno y medio*; el de varas era un caballote alazan con la crin y la cola amarillentas; á su lado, fuera de la rueda, y atado con dos cuerdas tiraba una jaquilla algo mas pequeña que un burro; tenia la cabeza abultada y casi blanca, al paso que el cuerpo era pelicano; en la cola apenas tenia cerdas; sus patas delgadas hasta el extremo eran mas claras que el cuerpo, lo cual es generalmente indicio de te-

ner poca fuerza; iba generalmente á galope mientras que el alazan iba al trote corto.

Nuestro hombre, sentado en una de las varas, conducía sus caballerías al paso cuando *subían*, y al paso cuando *bajaban*; el terreno mas llano era, segun él, una *montaña* ó una *colina*. Manifestaba una preferencia marcada é injusta en favor del veltisto alazan: de cuando en cuando pronunciaba un *hú* en tono grave y robusto, que parecia sacar de lo mas profundo del pecho, y al cual seguia un *hi* en falsete sobreagudo; despues sacudia suavemente la fusta sobre las correas del alazan, diciendo con voz dulce y melosa: *arre, Liso*. Despues sacudia un furibundo latigazo sobre el lomo de la jaquilla, gritando *¡Mal rayo! arre, Tordilla, ¡hú! ¡hi!*

—¿Dónde quieren Vds. apearse, en...?

Nosotros no queriamos caer como dos bombas en casa de mi tío, y era menester acicalarnos un poco antes de presentarnos; Carlos en particular tenia que ponerse su librea alquilada.

—Nos apearemos en la fonda del Leon de Oro.

—En la del Leon de Plata, querrán Vds. decir.

—No, en el Leon de Oro.

—En el Leon de Plata.

—Pero hombre, ¡si le digo á V. que en el Leon de Oro!

—No conozco el Leon de Oro; pero sé que se está muy bien en el Leon de Plata

—Sea como quiera, yo quiero ir á la fonda del Leon de Oro.

—¡Hú! ¡hi! arre, Liso. ¡Mal rayo! arre, Tordilla; ¡hú! ¡hi! (Entre dientes): A la fonda del Leon de Plata es donde ellos quieren decir. ¡Hú! ¡hi! arre, Liso.

Al entrar en el pueblo, el tartanero halló á un segador conocido suyo.

—¡Eh, Juanillo! gritó el segador, has venido por aqui.

—Sí: ¿y tú?

—Yo también.

—¿Estás bueno?

—Sí: ¿y tú?

—Yo también.

—¿A dónde llevas tu gente?

—Al Leon de Plata.

Cárlos.—Vaya que es obstinado el demonio del tartanero. Es al Leon de Oro á donde queremos ir: al Leon de Oro, de Oro, de Oro.

El Segador.—¿Dónde está esa fonda del Leon de Oro?

El Tartanero que se ha bajado con la excusa de que hay un repecho.—Es la del Leon de Plata; no hay Leon de Oro. ¿Conoces tú la fonda del Leon de Oro?

El Segador.—No. Es que se equivocan y quieren decir al Leon de Plata.

Un cuarto de hora despues se paró la tartana. El posadero salió.

—¿Quieren Vds. apearse, caballeros?

—¿Dónde estamos?

—En la fonda del Leon de Plata.

—¿Eh, tartanero! ¿no le he dicho á V. que nos llevase á la del Leon de Oro?

Posadero.—No estarán Vds. mejor en el Leon de Oro que en mi casa, señores.

—Así será, pero yo quiero ir al Leon de Oro.

—Esta mañana han comprado unos peces tan podridos que yo no los hubiera tomado ni de balde por no desacreditar mi excelente establecimiento.

Cárlos.—Tartanero, ¿nos lleva á la fonda del Leon de Oro, si ó no?

El Tartanero.—Caballero, si no hay tal fonda aquí.

Yo.—¿Cómo que no hay tal fonda, si he estado en ella una porcion de veces?

El Tartanero.—Entonces puede ser... ¡Eh! tú, chico, ¿dónde está el Leon de Oro?

—La segunda calle á la izquierda.

—¡Toma, toma! nunca lo hubiera creído; y es que no he llevado pasajeros allí todavía; todas las personas decentes, toda la gente gorda, los comisionistas del comercio, van al Leon de Plata.

—En el Leon de Oro pedimos el almuerzo; nos pareció de buen tono el no aceptar nada en casa de mi tío hasta la hora de comer.

—¡Ea, Carlos! ya hemos llegado; es menester arreglar definitivamente de qué manera te he de presentar en casa de mi tío.

—Pues hombre, eso ya estaba arreglado antes de que nos pusieramos en camino.

—Esas bromas, muy difíciles de llevar á cabo cuando llega el momento de ejecutarlas, recuerdan que vamos á estar un mes y que mi tío dispondrá de ti y te hará trabajar.

—Yo hallaré recursos para eludir el trabajo, y tú me darás encargos y ocupaciones en las cuales emplearé todo mi tiempo, y una vez empezada la representación de nuestra farsa no podrá ya interrumpirse.

—Te aseguro que lo mas que eso podrá divertirte será un par de días.

—No importa; prefiero eso á ser recibido por el tío como un amigo pegote y parásito.

—¿Estás decidido?

—Completamente.

—Entonces ponte la librea.

Y Carlos se revistió de una casaca gris con botones dorados y cuello y vueltas amarillas.

Fué bastante bien recibido en casa de mi tío.

Carlos comió en la cocina con los mozos de la labranza y los criados.

Por la noche, acababa de meterme en la cama, cuando oí llamar á la puerta de mi cuarto.

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Y quién es V?

—Cárlos.

Abro y veo entrar á Cárlos cargado de botas y zapatos.

—Mira, esto me han dado para limpiar; me vas á ayudar.

—¡Pues no hay duda que es divertido!

—Entre los dos es asunto de media hora. Aquí están los cepillos y el unto.

Nos pusimos á limpiar botas y charlar.

—Vamos, Cárlos, con franqueza: confiesa que estás ya arrepentido de no haberme creído esta mañana y de haber empezado esta farsa.

—Nada de eso.

—Ya sabes que desde mañana tienes que servirnos á la mesa.

—Si.

—Hay una gran comida para celebrar mi llegada; media docena de vecinos están convidados. Mi papel no será mas fácil de desempeñar que el tuyo, porque mi tío me cree oficial mayor del estudio de M. Leblanc, abogado que vive en la calle de Monmartre.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que tengo que sostenerme en esa posicion. Estos paletos viejos son muy entendidos en lo concerniente á pleitos y enredos; me van á envolver, á mi que nunca he mirado un espediente, y que no he podido ponerme al corriente de la marcha de los negocios de la curia, entretenido en pintar con vosotros. Felizmente tengo reservada una frase retumbante para encajársele cuando venga á pelo.

—¿Cuál?

—Los delitos de orden público no se juzgan por confirmacion ni por mutacion.

—¡Bien, muy bien!

—Y añadiré, «que la causa es inoperante; que la prueba es inadmisibile;» si no se contentan con esto, es que son muy impertinentes.

—Ya están las botas limpias. Buenas noches.

—Buenas noches, Cárlos.

—¿A qué hora es menester despertar á V. mañana, señorito?

—El señorito llamará cuando se despierte.

Cárlos me pegó un manoton y se fué con las botas y zapatos.

A la mañana siguiente, estaba yo durmiendo aun á las ocho y media, cuando mi tio entró en mi cuarto.

—¿Sabes, Fernando, me dijo, que tu criado no se incomoda mucho por tu servicio? Hace un momento que dormia aun como un bienaventurado.

—Tio, ese pobre muchacho debe estar muy cansado.

—Eso no impide que yo le haya pegado buenas sacudidas para despertarle.

Ya supondrás, querido Próspero, cómo me quedaria al escuchar estas palabras. Un estremecimiento involuntario recorrió todo mi cuerpo. Temí que Cárlos, en el momento de despertarse, desconociera á mi tio y le hubiera tambien sacudido.

—Y...

—Y bien, el muchacho no deja de ser dócil, se ha escusado del mejor modo posible.

—Tio, ¿cómo es que no he visto aun á mi prima?

—Está en casa de unas amigas suyas, pero ya la he mandado recado para que venga, y la verás á la comida. ¿Te vas á levantar?

—Si señor.

Tiré de la campanilla. Cárlos se presentó con toda la cabeza llena de papillotes; mi tío dió dos pasos atrás asustado.

—¿Qué signiüca eso? preguntó.

—¡Ay tío! es que sus criados de V. no le han acostumbrado á la coqueteria de Cárlos; es un muchacho muy limpio y muy cuidadoso.

—¡Sí, que se coge rizos!...

—Si, querido tío, eso prueba mucho esmero.

—No lo hubiera yo juzgado así.

Cárlos.—El almuerzo del señorito está corriente.

Yo.—¿Cómo mi almuerzo?

Cárlos.—Usted me dijo ayer noche que almorzaria en su cuarto, y lo he preparado todo.

Mi tío.—Sea por hoy, caballero, pero mañana espero nos dispensarás el obsequio de almorzar con nosotros.

—Si señor, con mucho gusto.

Salió mi tío.

—Cárlos, ¿por qué me obligas á almorzar en mi cuarto?

—¿Por qué? Ahora lo sabrás.

Cárlos salió y volvió al poco rato con una bandeja llena de fiambres y una botella de vino de Burdeos.

—Pero hombre, yo no podré comer todo eso.

—Ya lo sé.

—¿Y entonces, ¿en qué piensa usted, señor don Cárlos.

Cárlos no me respondió, puso la bandeja sobre una mesa delante de mi cama, trajo una silla que colocó al otro lado de la mesa, se sentó, sacó un cubierto del bolsillo, tomó un vaso de encima de la cómoda, y almorzamos.

—Ya comprenderás que no descuidaré los medios

de desquitarme del trabajo de servir á la mesa y de presenciar festines.

Cárlos bebía, comía y charlaba. Oímos pasos; se esconde el cubierto de Cárlos en la cómoda, y se pone de pié, con la servilleta en el hombro, mudándose los platos.

En esto se aproximaron los pasos, y era mi tío que venía á avisarme que mi tía estaba ya levantada.

—Señorito, me dijo Cárlos, ¿qué traje se vá V. á poner hoy?

—Hoy por la mañana... me pondré... ¿qué tiempo hace?

Mi tío.—Señor sobrino, espero que no vendrá usted aquí á hacer el elegante.

—Tío, por Dios...

Cárlos.—El día está nublado, señorito.

—¡Oh! entonces... si el día está nublado me pondré el frac azul y el pantalon de color de perla.

Cárlos bastante incomodado.—El pantalon de color de perla no tiene botones.

Yo.—Eso no es cuenta mia; háberselos cosido. Pónerselos.

Sale mi tío.

Cárlos.—Pero hombre, si tú no tienes ningun pantalon de color de perla.

Yo.—¿Y el tuyo?

—El mio le guardo para mi, y pienso ponérmele hoy.

—Qué bonito estaria eso, alterar los colores de mi librea.

—Además, justo es que yo le guarde, porque me le vas á destrozar.

—No te le romperé.

—Me opongo formalmente á que te le pongas.

—¡Hola! ¿con que lo tomas por lo sério? Bueno, pues

trabajo te mando. Voy á proponer á mi tio que te mande regar el jardin.

—Bueno; ponte el pantalon, pero cuidamelo mucho.

—Te escribo esto antes de ir á saludar á mi tia, querido Próspero. Mañana te hablaré de ciertas sospechas que me ha hecho concebir la buena acogida que me ha dispensado mi tio, y algunas palabras sueltas que ha dejado escapar.

Tuyo siempre

FERNANDO.

II.

CONTINÚA CÁRLOS LEFLOCH REPRESENTANDO EL PAPEL DE CRIADO.—COMPLICIDAD DE UN BARÓMETRO.—YO DESEARÍA NO SER HIJO DE MI TÍO.

Fernando a Próspero.

2 de julio de 182...

No hacia media hora que me hallaba en el cuarto de mi tía que estaba tomando chocolate con su marido, y ya se habían suscitado tres ó cuatro cuestiones, cuyo encarnizamiento no tenía motivos que le justificasen: una fué sobre la manteca que tenía demasiada sal; la otra sobre las rebanadas de pan que eran demasiado gruesas, y la tercera sobre el piano que estaba desafinado.

Me aproximé á él maquinalmente y pasé la mano

distraído por las teclas. Me hablaron de mis progresos en la carrera que habia emprendido, de mis proyectos para el porvenir.

—Querido sobrino, me dijo mi tia, espero que no darás el disgusto á unos buenos tios á quienes fuiste confiado por tu moribundo padre, de ver gastar tu juventud en los licenciosos desórdenes que destruyen las esperanzas de tantas familias. Un casamiento proporcionado y ventajoso te hará entrar en el puerto á principiar tu viaje.

—Y créeme, niño, dijo mi tio, en el matrimonio, en una union apacible, es donde se encuentra toda la felicidad á que puede aspirar el hombre.

—En el mundo por lo menos, añadió mi tia.

—Tu padre, me dijo mi tio, no tenia deseo mas vehemente, y te eligió una esposa antes de morir...

—¡Esceleste hombre! dijo mi tia interrumpiéndole.

—Sí, continuó mi tio, te eligió por esposa una mujer á la cual no vacilamos en confiar el cuidado de hacerte feliz, porque hemos visto crearse y florecer en ella virtudes y cualidades que no existian sino en nuestras esperanzas cuando perdiste al autor de tus dias.

—Confío, dijo á su vez mi tia, que no hallaremos en ti la mas minima repugnancia hácia el cumplimiento del que era su deseo mas vehemente cuando murió.

—Con tal que no quieran Vds. casarme al instante...

—Al contrario, Fernando, es menester que sea cuanto antes.

—Ya hablaremos de eso mas despacio, dijo mi tio.

—¿Y por qué no ahora mismo? preguntó mi tia.

—Porque... respondió mi tio.

Nunca he oido á este buen señor dar otra razon de sus determinaciones ni de su voluntad. Tampoco me acuerdo de que mi tia se haya contentado nunca con ella.

Se suscitó la cuarta disputa, y fué mas violenta que todas las demás. Me acordé sin embargo de los inefables placeres que pocos momentos antes me ponderan como inseparables del matrimonio. Mi tío llevaba la ventaja en la discusion y se encerraba en el sarcasmo y la amarga ironia.

Mi tia le atacaba por todos lados, tratando en vano de hallar el sitio vulnerable, y cuando malograba un golpe de su lengua mordaz, daba al instante otro variando la direccion de una perseverancia incansable.

Rara vez sucede que deje de hallar el hueco de la coraza.

En tales casos, mi tío, al sentirse herido, pierde los estribos, ruge como un leon, y perdiendo todas las ventajas que le concede su sangre fria, entabla con su mujer un diálogo vivo, precipitado, injurioso. Esta estrategia no varia nunca.

En la ocasion que te estaba refiriendo, mi tío se mantuvo firme bastante tiempo. Se contentó con responder á las invectivas de su dócil costilla:

—Ahora comprendo yo por qué destrozo tantos pares de calzones: es que somos dos en mi casa los que los llevamos.

—Dios mio, dijo mi tia alzando los ojos al cielo, ¿cuándo os apiadareis de mí?

—El deseo es de agradecer por vida mia, dijo mi tío; en tus letanias, la frase *Libera nos á malo* no significa libradnos del mal, sino de mi *marido*... No creo yo, amiguita mia, que Dios te conceda tal preferencia que vaya á acceder á tus ruegos y no escuche tambien los míos; y ya ves que el solo medio de devolvemos á los dos la tranquilidad seria hacer un milagro dejándonos viudos á los dos.

Yo no sé qué palabra tendria reservada mi tia para aquella ocasion; pero ví que apenas la hubo pronunciado pegó mi tío un puñetazo tan fuerte sobre la

mesa, que hizo rodar por el suelo el servicio del desayuno.

Yo me apercibi entonces que sin saber lo que hacia estaba tocando en el piano la música de la cancion titulada: *¿Dónde se está mejor que en el seno de la familia!* ó al menos tocaba la parte de ella que sabia, porque esta cancion epigramática cuya música tocaba entonces involuntariamente, la habia tocado infinitas veces en el mismo piano cuando era mas jóven, con no muy sana intencion, y en circunstancias análogas; entonces siempre me veia interrumpido en mis sátiras líricas por un par de sendos bofetones que me aplicaba cualquiera de los bien avenidos consortes al tocar el sétimo ú octavo compás; de modo que aun hoy cuando le toco vacilo al llegar al malhadado compás.

Felizmente esta vez no reparó mi tio en lo que yo tocaba, pues tal vez me hubiera cobrado odio por no atreverse ya á sacudirme los carrillos.

Salió cerrando tras sí con ímpetu la puerta, y Fanuy, la doncella de mi tia, entró á tomar sus órdenes. En cuanto á mi, me deslicé fuera del cuarto tan pronto como hallé oportunidad para ello.

Mis temores, querido Próspero, son cada vez mas fundados; creo ver demostrado hasta la evidencia que la intencion de mi difunto padre, y sobre todo la de mis tios, es obligarme a contraer matrimonio con mi prima.

No quiero significar con esto que mi prima sea una jóven desagradable: lejos de eso, es bonita y amable; pero no comprendo que se pueda amar á una muchacha con quien uno se ha criado, á la cual se ha visto adquirir lenta y penosamente cada uno de los atractivos que hoy la adornan. Julia tiene cuatro años menos que yo: así es que conservo recuerdos muy exactos de su infancia.

La pulcra y esquisita limpieza que tanto la realza hoy, me acuerdo muy bien el trabajo que ha costado

hacérsela adquirir y los chillidos que lanzaba cuando la lavaban la cara con una tohalla mojada. Aprendí á bailar al mismo tiempo que ella, y sé muy bien todas las mañas que ha tenido que perder una á una antes de adquirir ese porte noble y airoso que se admira en ella ahora. ¿Cómo he de olvidar las infinitas veces que oía yo á la anciana Maria gritar: «Julia, ¿quieres estarte quieta y no rascarte, que es una costumbre muy fea?» ó bien «Julia, no te subas á los árboles como un pilluelo: ¡vaya una diversion linda para una señorita!»

Y cuando luce su voz pura y hermosa y su habilidad en el piano, ¿puedo yo disfrutar lo mismo que los demás de un placer que he pagado con cuatro años de fastidio, durante los cuales la he oido hacer escalas sin interrupcion, y he sufrido todos los sonidos falsos y discordantes que articulaba su garganta antes de adquirir esa exactitud y precision que hoy ostenta?

En casa de mi tio se come á las dos; solo entonces conseguí ver á mi prima, y fué cuando hice varias reflexiones de las cuales he tenido á bien no trascribirte sino una parte. En el curso de la comida hallé ocasion de soltar oportunamente mis frases sacramentales en el lenguaje curial.

Julia me dijo con mucha gracia que me compadecia por tener que conservar en la memoria palabras tan bárbaras.

Pero lo que nunca podrias tú imaginarte es lo profundamente cómico que era el aspecto sério y formal de Carlos sirviendo á la mesa con la servilleta sobre el hombro. No se ha descuidado ni en lo mas mínimo que pudiera haber comprometido su papel de criado. Solo una vez reparé que sus ojos querian hacerme alguna cosa, pues me dirigia miradas muy significativas; pero yo no pude entenderle, y temiendo que alguien

reparara en las señas que me hacia, no le volví á mirar.

El entonces, por un movimiento bien combinado, aprovechó un momento en que yo no tenia pan para traerme un pedazo en un plato, y me dijo en alta voz:

—¡Ah, señorito! ha dejado V. caer una hoja de ensalada en su pantalon de *color de perla*.

Nadie sería capaz de reproducir fielmente las impagables inflexiones que Carlos dió á su voz al pronunciar estas palabras. Todo el misterio, el sarcasmo, el desprecio, la reconvencion, el sentimiento, la amenaza que encerraba el pronombre *su*, *su* pantalon que no era suyo, que es mio, que se lo presto, que es mi pantalon de lujo, que me lo está ensuciando, destrozando, y que me dan ganas de pedirselo delante de todos; *su* pantalon que no volverá á ponerse, porque yo no se lo volveré á prestar!

Y qué significativo fué tambien el tono con que pronunció el *color de perla*, tan inútil para los séres vulgares que no están en el secreto, que lo creerian inútil para la frase; *color de perla*, es decir, un pantalon tan bien hecho, de un paño tan hermoso, de un color tan distinguido, que hace tan buena figura en la pierna, que cae tan bien sobre la bota; ¡mi mejor, mi casi único pantalon! ¡Un pantalon de cincuenta y cinco francos! ¡Un pantalon cuyo precio no he pagado aun á mi sastre, lo cual constituye una dificultad insuperable para reemplazarle; *color de perla*, un color tan precioso, tan *delicado*, y que me ha obligado á tener mil precauciones para conservarle ileso. ¡Un pantalon que casi nunca me ponía, manchado en un momento por otro que no es su dueño, y con ensalada!

Su voz era tan enérgica, que creí oír espresadas en alta voz las ideas que se agolpaban á mi imaginacion, y me quedé un momento cortado; pero no tardé

en recobrar mi sangre fria al adquirir la certeza de que nadie habia hecho caso de las palabras de mi *lacayo*.

La comida duró hasta las seis menos cuarto; no es mucho para una comida de provincia. Despues bajamos al jardin. Quise subir á un columpio; pero Carlos, á quien yo creia muy lejos, y sin embargo estaba detrás de mí, me dijo:

—El pantalon del señorito es muy estrecho, y sin duda reventará al columpiarse.

Esta vez quise devolver á mi *lacayo* alguna de las humillaciones que me hacia sufrir, y le dije á mi tio:

—Si quiere V. ver á Carlos contento, no tiene usted mas que mandarle que riegue el jardin: este muchacho tiene una aficion tal á la jardineria, que pocos le igualan. En Paris tengo mis balcones atestados de macetas de claveles y geráneo.

—Apruebo tu idea, respondió mi tio, tanto mas, cuanto que la sequia es ya prolongada.

—Señor, replicó Carlos, vá á ver tempestad: lo conozco en los dolores reumáticos que me acosan hoy. Seria inútil echar algunas regaderas de agua sobre una tierra que se verá inundada por la lluvia dentro de algunas horas.

—Veamos qué tiempo señala el barómetro, dijo mi tio.

Fueron á consultar un barómetro que habia en una salita baja, cuya aguja estaba efectivamente colocada entre *grandes lluvias y tempestad*.

Miré al cielo, y le vi sereno: ni la mas leve nube empañaba su diáfano azul; el viento soplaba del Este, era pues evidente que el barómetro era muy malo ó que estaba de acuerdo con Carlos.

Por la noche, ya me habia empezado á desnudar, é iba á cerrar la ventana de mi cuarto que daba al jardin, cuando ví alzarse enfrente de mí una sombra:

era un hombre que trataba de subir á mi ventana por el emparrado.

—¿Quién está ahí? pregunté.

—Carlos, respondió en voz muy baja.

—¿Cómo! ¿tú á estas horas?

—¿Pues quién querías que fuera? Echame una cuerda.

—¿Dónde quieres que yo la tenga?

—Pues ata unas cuantas servilletas.

Así lo hice. Tres servilletas atadas por las puntas en forma de cuerda bajan casi hasta el suelo del jardín, y empiezo á tirar de ellas hasta que veo entrar por mi ventana un cesto bastante pesado, seguido inmediatamente de Carlos, que libre ya del peso de su fardo subió con facilidad por el emparrado.

—Hombre, ¿por qué no vienes por la puerta?

—Porque tenia esto escondido en el jardín, y me he visto precisado á dejarme encerrar yo también en él.

—Pues yo no tengo apetito.

—Lo creo, pero á mí no me sucede lo mismo. Ahora me vas á servir tú: pon la mesa: en el cesto encontrarás todo lo necesario.

Carlos me dejaba servirle, comia y solo se interrumpia de vez en cuando para decirme: «Un plato... vino... pan... etc.»

—¿Sabes, me dijo al fin, que por poco me juega una mala pasada con tu maldita idea de regar el jardín? Pero como me habias amenazado ya por la mañana, tomé mis medidas para no ser vencido.

—¿Vas á alabarte siquiera de que un mal barómetro echado á perder haya tenido la mania de anunciar una lluvia irrealizable?

—¡Vaya si me alabo de mi habilidad! Ha logrado engañarte como á los demás. Yo te prometo que el barómetro anunciará lluvia ó tempestad todo el tiem-

po que yo permanezca aquí. Con dos alfileres le he convertido en esclavo mio. Trae Champagne.

Cuando acabó de cenar me dijo:

—Ahora vamos á hacer ponche.

—¿Con qué?

—Con ron.

—Si no tenias en tu cesta mas que una botella de Burdeos y otra de Champagne...

—Busca en tu armario.

Efectivamente, hallé en el armario una ponchera, un cucharon, una botella de ron y un limon.

—He dicho á los criados que el señorito tiene la costumbre de beber algunas veces por la noche un vaso de ponche que le gusta hacer por si mismo, y por consiguiente era menester poner todos los ingredientes en su cuarto.

—Nunca has gastado una broma mas pesada ni de peor gusto: todo eso se lo dirán á mi tio, y sabe Dios el efecto que producirá semejante noticia: es lo suficiente para hacer malograr nuestro plan.

—Hombre, hombre, estás haciendo ahí un ponche de damas; será preciso que me le haga yo. ¡Qué torpes y qué zopencos son los *amos!* ¡no somos poco felices en no tenerlos por criados! ¡Sabes que tu prima es muy mona?

—No es fea; ¿no te se ha ocurrido nada con respecto á ella?

—No.

—Pues yo me temo que mi tio quiere obligarme á que me case con ella. ¿La gente no dice nada por ahí?

Lejos de eso, está sobre poco mas ó menos ofrecida su mano á aquel jóven que estaba ayer á tu lado en la mesa. No sé por qué, pero se me ha indigestado aquel mastuerzo; asi es que me encargué de servirle, y no le dejé beber mas que agua. Cuando pedia vino le presentaba agua, y él no se atrevia á rehusarla.

Hablando así, Cárlos meneaba el ponche y le hacia arder; despues empezó á beber sin descanso, y pronto llegué á figurarme que habia menos lucidez en sus ideas y precision en sus palabras.

—Fundaba yo mi suposicion, le dije á Cárlos, en que mi tio me ha hablado de un enlace con la hija del amigo mas antiguo de mi padre, enlace que mi mismo padre le habia recomendado momentos antes de su muerte.

—Pues yo me opongo á ese enlace, y niego formalmente mi consentimiento.

—¿Tu?

—Amo á tu prima, y el bigardo que aspire á su mano tendrá que habérselas conmigo. Ese tontuelo, de quien te hablé antes, miraba ayer á la mesa con ojos de gloton á una magnífica gallina que se acababa de trinchar. Cuando llegó el momento de servirla, dí la vuelta á la mesa empezando por el que tenia á su izquierda, y concluyendo por el que tenia á su derecha, sin hacer caso de sus multiplicadas señas. No sé quién fué el torpe que le dió un vaso de Champagne, pero no bebió otro. ¡Ah! ¡qué hermosa es tu prima, Fernando! ¡Oh! ¡te suplico me concedas su mano!

Ya no habia mas ponche, y Cárlos, cuya exaltacion habia llegado al mayor grado, se echó á mis pies, abrazó mis rodillas, recitó versos, y concluyó por dormirse profundamente en el suelo. Ya era de dia cuando conseguí despertarle.

Desde entonces envio todos los dias á Cárlos á buscar las cartas al correo en el pueblo inmediato, cartas que por supuesto nunca espero.

El se pasea, pesca, y no tiene casi nada que hacer en casa.

En cuanto á mi, me hallo completamente instalado en casa de mi tio. Todos han vuelto á sus costumbres y nadie se ocupa de mí, pues me consideran como de casa.

Sin embargo, dos ó tres veces al entrar en el cuarto de mis tios han interrumpido bruscamente la conversacion que tenian. Espero de un dia á otro que me vuelvan á hablar del famoso proyecto de casamiento; pero yo aprovecharé la primera ocasion favorable para intentar el golpe de mano con el tio, y si conseguimos un buen resultado, nos verás volver á Paris con un capital cuya necesidad se deja sentir hace tiempo.

Todo tuyo

FERNANDO.

III.

Fernando a Próspero.

12 de julio de 182...

Los primeros días que se pasan en el campo se está aturdido con la ausencia del ruido y del movimiento de la ciudad, como el viajero dormido se despierta cuando para el coche que le conduce. Pero se tarda poco en acostumbrarse á esa tranquilidad, y en comprender que el hombre no ha nacido realmente para esa agitación turbulenta é inútil de las ciudades. Hay un refran muy comun y cuyo verdadero sentido no habia llegado nunca á comprender. *Es menester ocuparse en algo*. Se han visto monarcas que se dedicaban al arte culinario; otros que se ocupaban en trabajos de cerrajería, de relojería; ha habido hombres opulentos é independientes que han gastado su vida y su dinero para llegar á ser senadores, embajadores ó cualquiera otra cosa, porque *es menester ocuparse*.

siempre en algo, como si no fuera una ocupacion hermosa, grande y noble, la de pensar, la de entregarse esclusivamente á la contemplacion de los prodigios de la naturaleza, la de leer, la de pintar, la de cazar, la de montar á caballo, la de nadar, en fin, la de *no hacer nada*; porque esta es la designacion que han dado los necios á la laboriosa ociosidad de un hombre entregado esclusivamente á la meditacion.

El trabajo es una especie de deidad infernal, á la que es preciso dar el diezmo y las primicias de la vida. Hay muchos seres de una organizacion tan miserable, que no gozan de ciertas cosas hasta que han estado privados de ellas mucho tiempo. En cuanto á mi, he pasado mañanas enteras, algunas veces, con la vista fija en un estanque pequeño que hay detrás de la casa de mi tío, entretenido en mirar las bandadas de peces que se deslizaban tranquilamente en las plantas acuáticas, haciendo brillar alternativamente á los rayos del sol que vienen á sepultarse en el agua, ya sus lomos de color de esmeralda, ya sus vientres de ópalo, los insectos que bullen sin cesar en distintas direcciones, y los mosquitos de cuerpo delgadito y de colores variados, sostenidos por sus alas de gasa, y revoloteando sobre las espadañas.

Uno de mis goces matinales consiste en ir, al rayar el alba, á abrir la puerta del palomar que se cierra por las noches para evitar la invasion de las aves de rapiña ó de cualquier animal nocivo. Los pichones, acostumbrados ya á mi presencia por haberme encargado de echarles la comida, acuden á mi llamamiento, y aun solo con verme. Uno de ellos particularmente me honra con la familiaridad mas amable; es blanco como un cisne, y viene á posar sus patitas rosadas sobre mi hombro, desde donde se entretiene en introducir el pico entre mis labios. Los otros ostentan sus preciosos colores; hay unos de color de tórtola con el cuello verde. El menor movimiento de su ga-

llarda cabeza hace desaparecer el verde que es reemplazado con tintas azules, que se cambian en morada por otro movimiento.

El palomar está contiguo á una casita que sirve de granero. Nunca me habia ocurrido una idea que sin embargo era muy natural, y es que las artes no son sino una imitacion mezquina é imperfecta siempre, aun en sus esfuerzos mas nobles, de las cosas que la naturaleza ostenta con tanto lujo y suntuosidad. El granero referido está rodeado de cepas de parra que se elevan de trecho en trecho formando columnas torneadas hasta una altura de ocho ó nueve pies, en que se extiende por medio de vástagos flexibles y cubre el edificio de un feston de follajes. Es indudable que si un escultor hábil hubiera imitado este adorno natural en una iglesia ó en un monumento cualquiera, con piedra ó con madera, todos acudirian presurosos á visitar esta obra maestra del arte, y tendria un valor que no compensaria aun el de una estension de siete ú ocho leguas de viñedo. Y sin embargo, el escultor no habria conseguido mas que imitar su forma y no se hubiera atrevido á tratar de dar color á sus hojas, ni darlas aquella tela tan fina cuyas venas sirven de conductos para la circulacion de la sávia que las recorre como la sangre al cuerpo humano.

Existe en Paris en el Museo de antigüedades una copa de mucho valor, aunque la materia de que está hecha es un pedazo de mármol blanco. En sus bordes hay dos palomas, tambien de mármol, metiendo los picos en el agua tranquila que figura contener la copa.

He admirado como todos el mérito de esa copa; pero te aseguro que encuentro mil veces mas hermoso el bebedero en que vienen á cada instante dos pichones á posarse en la actitud que ha imitado el escultor.

No puedo comprender que las personas mas entu-

siastas por las artes permanezcan frías é indiferentes ante las bellezas que aquellas no pueden copiar fielmente.

Cuando mis pichones concluyen de almorzar, echan á volar hácia el campo, y yo me entretengo en mirar las evoluciones que ejecutan en el espacio. Unas veces parten, como saca disparada por mano vigorosa, todos en una misma fila. De cuando en cuando agitan las alas, y despues se elevan por el viento. Concluida la carrera, el vencedor se pone á la cabeza y dirige algunas maniobras: se colocan de tres en tres, de cuatro en cuatro, despues de uno en uno, formando una linea prolongada; parecen tan dichosos, que les tengo envidia, y temo algunas veces que me miren con desprecio desde su posicion.

Hay un riachuelo que viene á surtir el estanque de que te hablé antes. El otro día me ocurrió la idea de subir por una de sus orillas; tiene unos diez pies de ancho y dos de profundidad; corre claro y limpio sobre un lecho de fina arena, entre dos orillas tapiadas de césped; algunos sauces y mimbres que han nacido en ambos lados enlazan sus ramas y cubren el riachuelo con una red de sombra y de sol. En otras partes, una espesura de lirios silvestres sale del agua: sus flores amarillas están ya marchitas. Al pié de los sauces, algunos espinos echan sus ramas de un árbol á otro, con sus hojas de un verde oscuro y sus flores de un blanco rosado; la reina de las praderas, la filipéndola, se eleva recta y esbelta, y columpia graciosamente sus ramas que parecen el *bouquet* de una novia; la campanilla trepa por do quiera sembrando sus alegres flores; algunos pajarillos que tienen sus nidos en los sauces huyen pavorosamente al verme.

Hacia una mañana deliciosa. Al salir de casa habia visto las flores azuladas de la achicoria silvestre cubiertas aun con las perlas del rocío. Los robles hacían brillar á la luz del sol naciente sus botones de

vivo encarnado; la relama de olor, despojada ya de sus flores, ostentaba las cáscaras de la semilla, verdes unas, y otras casi negras; algunas plantas de gordolopo elevaban su tallo coronado por un racimo de flores amarillas, del centro de una espesura de hojarasca verde clara.

Cuando me aproximé al estanque, vi las ranas, asustadas por el ruido de mis pasos, dejar la tierra ó el césped donde reposaran lánguidamente al grato calor del sol, y lanzarse al agua presurosas.

Seguí el curso del riachuelo en direccion contraria á la de su corriente, y me senté en un paraje desde el cual se oía el ruido de un molino cuyas piedras movian sus aguas.

Yo estaba inmóvil, pensando y viendo correr velozmente algunas hojas arrastradas por la corriente. La voz pura y fresca de dos mujeres jóvenes me sacó pronto de mi distraccion. Iban montadas en burros. La primera atravesó con valor el riachuelo á diez pasos del sitio en que yo estaba; pero la segunda tuvo miedo, y en el momento en que su cabalgadura iba á meterse en el agua, se dejó caer al suelo y el burro pasó solo. Su compañera se echó á reír, diciéndola:

—Muy bien, señorita; ¿qué vas á hacer ahora? ¿Cómo vas á pasar?

—No lo sé, Margarita.

—Déjate, voy á echar el borriquillo hácia ese lado otra vez, y montas en él.

—No me atrevo á pasar montada, porque estoy segura de que me voy á caer.

—Pero no te ahogará; no hay agua suficiente.

—Ya lo sé; pero bonita me pondria, mojada de pies á cabeza.

—No te caerás, querida, no lo creas; no te has caído en todo el camino y hace mas de una hora que estamos andando.

—Cállate, Margarita: he hallado otro medio mejor de pasar el vado.

Hubo entonces un momento de silencio, y le aproveché para acercarme á ellas sin ser visto. Cuando miré á la miedosilla, estaba en pié en la arena y tenía en la mano unas medias blancas como la nieve y unos zapatitos de tafíete de un color azul oscuro. Estaba tan embebida en lo que iba á hacer, que no me sintió y adelantó uno de sus piecitos desnudos en el borde del agua, que podría tener allí dos pulgadas de profundidad. Yo no podía ver su cara; estaba un poco inclinada, sin duda para examinar el fondo de treinta pulgadas. Los tirabuzones de su pelo castaño caían entonces hácia adelante y me ocultaban casi todo su perfil.

De repente levantó la cabeza y miró con inquietud hácia donde yo estaba. No sé qué movimiento haría yo que produjo sin duda algún ruido en las ramas, y la indicó mi presencia en aquel sitio. Aquel semblante tenía una mezcla de gracia y de nobleza que sentí mi corazón oprimirse al verla.

La saludé respetuosamente y me retiré. De allí á un rato oí de nuevo la voz de Margarita y los pasos de los burros que se alejaban. Entonces un impulso irresistible me arrastró como á pesar mio al sitio en que vi aquella aparición deliciosa. Ví la arena que había pisado, y creí distinguir en ella las huellas de sus diminutos pies. Me senté allí, y pensé en aquella mujer. Resonaba aun dulcemente en mis oídos el armonioso sonido de su voz.

Entretenido con mis ilusiones, mi vista se fijó en un objeto que había cerca de mí, y me hallé agradablemente sorprendido al ver que era una cinta blanca de seda, elegante, lindísima, que había quedado olvidada allí sin duda. La cogí presuroso, y pasando de un salto el riachuelo, corrí tras la hermosa que la había perdido. Mi probidad había llegado á una altura

inmensa, escitada por el deseo de verla, de hablarla, y de dejar de ser para ella un desconocido. Me llevaban mucha ventaja, y anduve un buen rato sin conseguir alcanzarla. Por fin llegué cerca de ellas en el momento en que Margarita se apeaba de su borriquillo á la puerta de una granja de bonito aspecto. Su amiga saltó tambien del suyo con ligereza; pero el animal, en lugar de seguir con su compañero el camino de la cuadra, tomó el trote con ese aire mohino que es peculiar á los burros, y sordo á la voz de Margarita que lo llamaba sin cesar, ya usando palabras cariñosas, ya profiriendo amenazas, continuó huyendo y vino en direccion mia. Yo le cogí por las riendas y le llevé á la puerta de la granja. Al verme, la compañera de Margarita se puso mas encarnada aun que la primera vez que me vió. Yo inferí que me habia conocido, y que habia notado la fina discrecion con que me habia retirado de la orilla del riachuelo para no prolongar su confusion. Respondió á mi saludo haciendo una leve inclinacion de cabeza, y no me atreví á devolverla su cinta. El pensar lo avergonzada que se hubiera puesto al recibir mi devolucion, me avergonzó á mi un poco tambien; además, era ya innecesario mi rasgo de probidad para verla, y no me disgustó el poder guardar la cinta.

Margarita habia entrado en la casa; su compañera me saludó de nuevo, y entró tras ella. Permaneci allí algunos instantes fascinado, ó mas bien petrificado. Creí percibir que la cortinilla de una de las ventanas del primer piso se habia separado un poco, y me marché halagado con la idea de que ya no era extraño á aquel movimiento clandestino de la cortinilla.

Al dia siguiente volví á la orilla del riachuelo, coloqué la cinta blanca sobre el césped en el mismo sitio en que la hallé para refrescar bien mis recuerdos y mis impresiones de ayer.

La corriente habia amontonado algunos guijarros

en el sitio en que ella habia puesto los pies. Me imaginé que pudieran haberla herido, y los quité. Después guardé la cinta y fui á ver la granja. *Ella* estaba a la ventana: la saludé y me devolvió mi saludo con una gracia encantadora.

En aquel momento entró un hombre en la granja; era un jóven vestido con una elegancia extravagante y de mal gusto. No sé por qué conocí que habíamos de ser enemigos.

Adios: siempre tuyo

FERNANDO.

IV.

HORTENSIA.—LOS PADRES TÍRANOS.

Hortensia era hija de un militar antiguo que la habia hecho educar en un colegio de Paris, en el cual habia aprendido, al par de la música y el dibujo, el arte de despreciar la costura y demás ocupaciones femeniles. Así es que cuando volvió á la casa de sus padres terminada ya su educacion, se halló triste y fuera de su centro entre aquellas personas tan honradas, pero tan vulgares al mismo tiempo.

La madre no sabia mas que ser una excelente ama de casa, y todo su amor propio consistia en que los dulces y conservas que hiciera fueran los mejores que se comieran en el pueblo.

El padre cultivaba un jardinillo situado detrás de la casa, y por la noche jugaba al *triunfo* con dos ó tres vecinos, antiguos veteranos como él, que le acompañaban á fumar y beber cerveza.

El domingo iban ambos consortes á misa con su hija, y por la tarde daban un par de vueltas en la

alameda, mientras ballaban los jornaleros y los aldeanos.

Al salir del colegio, Hortensia y su íntima amiga Laura Lemault habian jurado escribirse. Laura fué la primera que lo hizo: vivia en el gran mundo, y referia á su amiga las innumerables diversiones de que disfrutaba. Su primera carta estaba dedicada á describir la sorpresa, la admiracion, el placer que experimentó en el primer baile á que la llevaron.

Hortensia buscó en vano en su imaginacion lo que habia de escribir á Laura en contestacion á su interesante carta.

Tuvo por un momento la idea de hacer un elogio pomposo del campo, de la sencillez de las costumbres, de los placeres sin peligros de ninguna especie, del aspecto unas veces risueño, otras imponente de la naturaleza; pero hubiera sido corresponder muy mal á la franqueza de Laura, porque Hortensia no tributaba esa admiracion al campo, y lejos de eso envidiaba un poco á su dichosa amiga: el campo la iba pareciendo un desierto insoportable hacia mucho tiempo: esto, sin contar que se hallaba á la sazón en la mitad del invierno, y hasta se habia suprimido el paseo. ¿Qué habia de decir á Laura? ¿Se habia de quejar y turbar así la felicidad de su amiga? Tomó una determinacion: no contestar.

Una segunda carta de Laura traia la continuacion de la novela y descripcion de festines asombrosos. Esta correspondencia empezó á ser fastidiosa para Hortensia; aquellas cartas la traian el sonido armonioso de las orquestas y el aire perfumado de los salones de baile, y hacia nacer en su corazon amargas penas.

Al salir del colegio donde se habian educado con la mas estricta igualdad, las dos jóvenes creian entrar juntas en la sociedad, en la cual se encontraban ya cruelmente separadas.

Hortensia se halló sin fuerzas tambien para contes-

tar á la segunda carta. Efectivamente, ¿qué habia de decir en contestacion á las magnificencias que describia Laura? ¿Qué ocurría alrededor de Hortensia que pudiera interesar á Laura?

Es verdad que la higuera grande de la huerta se habia secado, que el cura habia despedido su criada, que la manteca estaba mucho mas cara que en los años anteriores, que se habian leído en la iglesia las amonestaciones de Dionisia Deschamps y Mateo Cornudet. ¿Pero qué le importaba todo esto á Laura, que no conocia á los Deschamps, á los Cornudets, al cura ni á la higuera?

Laura, viendo que no recibia respuesta á sus cartas, acabó por dejar de escribir, y Hortensia cayò en una profunda melancolia. Su padre la anunció un dia que la iba á casar.

—He tenido un amigo, la dijo, que murió lejos de aquí. No supo tu nacimiento sino por mis cartas. Tenia un hijo, y convenimos en uniros. El jóven, que posee algunos bienes, está estudiando leyes en Paris. Este año debe concluir su carrera, y celebraremos la boda al instante.

La pobre Hortensia creyó que se le partía el corazón en el pecho. Un casamiento convenido de antemano con un hombre á quien nunca habia visto, un enlace que no habia sido precedido de un encuentro casual, por una impresion repentina, por obstaculos de que salieran victoriosos el amor y la constancia, un matrimonio así, en fin, le pareció la desgracia mayor que pudiera sucederle. ¿No habria ya en su vida ninguna de las aventuras referidas en las interesantes novelas que habia leído con Laura!

Viviria y moriria como una de esas flores que nacidas en un desierto ó en la cima inaccesible de un risco, en vano ostentan sus ricas y vistosas corolas que nadie admirará, y exhalan perfumes que nadie aspirará. ¡Belleza perdida, perfume inútil! Le parecia que

aquella sentencia de su padre la arrancaba toda su belleza, su juventud, sus brillantes flores de amor, y que el día de su boda tendria de repente treinta años.

No es fácil describir toda la estension de la influencia que ejercen en ciertas organizaciones las primeras lecturas, y cuantos jóvenes han sido presos de algunas pasiones que han decidido de su suerte de resultas de haber leído la *Nueva Eloisa* y *Pablo y Virginia*. Las mujeres particularmente, que tienen una educacion y simpatias menos literarias, mezclan con estas obras, que en medio de su exaltacion tienen un fondo de nobleza y animacion, que son el contraveneno de aquella una infinidad de novelas de tercer orden, calcadas todas unas sobre otras, que les llenan la cabeza de frases grotescas y de aventuras comunes.

Hortensia creyó deber contestar en este caso á su padre con las frases sacramentales empleadas en circunstancias analogas por los héroes de las novelas vulgares: *era muy joven todavía, cifraba toda su felicidad, todas sus esperanzas, en estar al lado de sus padres para consolarles y cuidarles en su vejez*

El padre la contestó, que gracias á la Providencia, ni su mujer ni él tenían aun esa vejez que exige cuidados, y que cuando llegaran á tenerla, seria mucho mas grato y consolador para ellos el verse cuidados por su hija, que fuera ya esposa feliz y buena madre, que no solterona acartonada y de mal génio.

—Pero... padre mio... yo no conozco á ese joven, y si no llega á existir entre nosotros esa simpatia, que es *el dulce lazo que une las almas...*

—Eso seria desagradable, si tú lo juzgas necesario, porque habiendo muerto mi amigo, no puedo pedirle que me liberte del compromiso, y tengo que cumplirle.

—Cómo, papá... ¿me obligará V. á contraer un enlace que...

—No será un enlace que... sino un matrimonio muy feliz y perfectamente arreglado. El novio es un excelente muchacho muy guapo, que espero traerte á mi regreso del primer viaje que haga á Paris.

Algunos meses despues, el padre de Hortensia se marchó á Paris, y ella fué á pasar una temporada en casa de una prima suya que se habia casado hacia algunos años con un labrador rico.

Allí fué donde encontró á Fernando. No pudo verle sin experimentar cierta turbacion. Hacia ya un año que no habia visto mas que aldeanos. Fernando le pareció un ser superior al resto de su sexo. Además, comenzaba á ver mas despejada su situacion: la novela iba á empezar, y se delineaba ya en lontananza, pero con unos contornos muy marcados y perfectos.

PERSONAJES:

Un padre inflexible que sacrifica á su hija única.

Un prometido esposo, odiado en todos conceptos.

Un jóven de negra cabellera, admirador de la naturaleza, paseando solitario á la orilla de un riachuelo, y á la sombra de los sauces.

Esto era todo lo que en razon se podia pedir, y Hortensia empezaba su novela en el género aleman, así como Laura le habia empezado en el inglés.

En el órden general de las novelas que habia leído Hortensia, debia ser atacada por una cuadrilla de bandidos, ó robada y conducida sobre un caballo fogoso y veloz, para ser salvada despues por su amable desconocido. Pero esto no podia suceder viajando en borricos, en un pais donde no se habia cometido un robo en mas de diez años. Probablemente aguardaba tambien Fernando una ocasion semejante, porque se contentaba con pasar todas las mañanas por debajo de la ventana de Hortensia, y hacerla un profundo saludo.

Sin embargo, un día llegó, entró en la granja un caballero para comprar cebada, y aquel caballero no

era otro mas que Fernando, que se habia hecho confiar aquel encargo por su tío. Concluido el ajuste de la cebada, convidan á comer á Fernando. Habia gran convite aquel dia, porque la propietaria de la granja, la prima de Hortensia, se levantaba de la cama de parida. Estaban convidadas varias amigas suyas, tres ó cuatro labradores de aquellos alrededores, y *esperaban* al señor *Recaudador*, hombre muy gracioso, y que no decia nunca nada como los demás.

Hortensia se alegró tanto al ver al jóven introducido en la casa, que ni reparó siquiera en lo poco novelesco del medio de que se habia valido. Así, pues, se ocupó muy sériamente de su traje. Este era el que se describe generalmente en las novelas: vestido blanco, y el pelo en *bandeau*, peinado muy agradable por cierto, y sobre el cual no aventuramos ninguna crítica: en esto, como en otras muchas cosas, las novelas valen casi tanto como la vida, y aun algunas veces seria quizás mas agradable leer que vivir.

Hortensia era realmente una muchacha hermosa, alta, esbelta sin ser flaca, llena de gracia en su andar y en todos sus movimientos; sus ojos azules y grandes estaban medio velados por magnificas pestañas, y su bellissimo pelo castaño, fino y sedoso, formaba lindas ondulaciones.

Se esperó mucho tiempo al señor recaudador, que llegó por fin magnificamente vestido con un frac azul calado con botones dorados, pantalon de Mahon y chaleco amarillo. Varios alfileres de diamantes, harto gruesos para no haber salido de las entrañas de... un pedazo de vidrio, adornaban la pechera de su camisa; varias cadenas se cruzaban sobre su chaleco, y un brillante mas grueso aun que los diamantes de la pechera, hubiera brillado en su dedo anular, si hubiera tenido brillo. Era un joven alto, rubio é insipido, con un bigote rojo que teñia de negro; era presuntuoso y afectado hasta en sus mas minimos movimientos.

Saludó á la señora de la casa con el epíteto de «bella dama» y dió á Hortensia un ramillete que habia llevado en la copa de su sombrero. Fernando conoció que el recaudador y *el jóven* que habia visto entrar el primer dia en la granja, era una misma persona.

Hortensia dió las gracias al recaudador por su atencion, y puso el ramillete sobre la chimenea sin volverse á acordar de él.

—Ruego á Vds. que me dispensen el haberles hecho esperar tanto, dijo con meliflua voz el recaudador, pero me he visto obligado á venir muy despacio; una de las botas me hace mucho daño. Indudablemente soy el hombre peor calzado de Francia.

Y al decir esto soltó una carcajada seca é imbécil, que dió señal de la hilaridad y de la admiracion.

Fernando sonrió moderadamente.

Sentáronse á la mesa. El recaudador fué colocado á la derecha del ama de casa, y Fernando á la izquierda, pero por dicha tenia á Hortensia al otro costado.

El recaudador comenzó á hacer alarde de todos los juegos de palabras, de todos los equívocos que tenia por costumbre colocar, viniesen ó no á pelo, en la conversacion, para sostener la reputacion de chistoso que se habia esforzado en alcanzar por este medio entre aquellas gentes; pero Fernando le salia al encuentro cada vez que iba á decir uno de sus pretendidos chistes, y le demostraba con respuestas secas y duras que no estaban previstas en el formulario chistoso del buen recaudador, el cual tuvo el disgusto de que el ruido de los vasos y de la conversacion de los convidados cubriera al fin enteramente su voz.

Por último, despues de haber hablado del precio de los granos, de las providencias del alcalde que fué atacado por unos y defendido por otros, y de varios

chismes de pueblos, sin que Mr. Quantín por primera vez pudiera nunca meter baza, gracias á los cortes que diestramente daba á sus palabras Fernando, para el cual eran intolerables los equívocos del recaudador, se separaron ambos, mal avenidos el uno con el otro.

Fernando fué invitado á volver todas las tardes, pues todas se reunian varias personas, bailaban y jugaban á juegos de prendas. Hortensia preguntó á Fernando si volveria al dia siguiente, y él la respondió: «bien sabeis que si.»

V.

Cuando Fernando volvió en casa de su tío, encontró á Carlos echado en su cama.

—¡Carlos!

—¿Eh? ¿quién está ahí?

—Yo, Fernando.

—¿Y qué vienes á hacer aquí?

—¿A qué he de venir? A acostarme; lo que haré tan luego como te plazca desocupar mi cama... Bueno, ¡se ha vuelto á dormir!... ¡Carlos, Carlos!

—¿Quién está ahí?

—Vamos á ver, ¿ha de durar este diálogo hasta mañana?

—¿Quién está ahí?

—Yo, Fernando, que quiero acostarme.

—Bien hombre, bien; pero acaba de una vez de sacudirme. Ea, ya estoy despierto; te esperaba. Tenemos que hablar de cosas muy serias. Es preciso que el lunes por la mañana me despidas.

—¿Qué significa eso?

—Que me echés de tu lado.

—¡Bah!

—Ignominiosamente; de manera que ni me concedas los ocho días que se dan generalmente á los criados para buscar casa.

—¿Y por qué?

—Porque me fastidio aquí y porque la linda Fany se vá á Paris y quiero hacer el viaje con ella.

—Pero hombre, ¿con qué pretesto quieres que te separe de mi servicio?

—No te dé cuidado eso; yo me encargo de proporcionarte motivo para ello.

—Se me ocurre una idea.

—Veámosla.

—Si tú insultaras á mi tío...

—¡Insultar á tu tío!

—Insultar á mi tío, sí.

—¿Y para qué?

—Dios mio, ¡qué obtuso eres! *¡Me miserum!* ¡A dónde he ido yo á buscar un torpe, un necio por amigo!

—¿Estás loco?

—Sí, justo, estoy, ó mejor dicho, soy loco. Si no, ¿cómo habia de ser amigo tuyo? Así, pues, insultarás á mi tío.

—Bien.

—Yo me encoerizo de una manera terrible.

—Bien.

—Te trato como al ente mas abyecto.

—Bien.

—No quiero oír siquiera tus disculpas.

—Bien.

—Soy implacable.

—Bien.

—Te rompo mi baston en las costillas.

—Muy bien.

—Llega á tal extremo mi furor, que hasta mi tío

ata de aplacarlo. Entonces le digo: No señor; si me hubiera insultado á mi, quizás le perdonara; pero es á V., es á mi tío á quien ha insultado ese pillo, ese bribon. Le echo para no romperle las costillas. Ya conoces el buen efecto que esta escena producirá en mi tío.

—¡Magnífico! pero no puedo insultar á ese hombre así de buenas á primeras.

—Aprovecha la primera ocasion en que te reprenda cualquiera cosa: le respondes; él tiene muy mal génio y se encenderá.

—El caso es que como yo quiero que me despidas antes del lunes, hallo mas acertado promover el motivo que esperarle.

—No vayas á hacer alguna tontería que llegue á tener trascendencia.

—¿Qué te importa á tí si me has de echar?

—No obstante, no llesves la broma demasiado lejos.

—Esta noche vamos á celebrar nuestra separacion, haciendo un buen ponche que beberemos para que yo lleve buen viaje. A propósito, cuando me despidas me pagarás tres mesadas.

—¿Y de dónde las he de sacar?

—Se las pedirás á tu tío, y despues que yo me marche, cuando descieras á hablar de ciertos pormenores relativos al gobierno de tu casa, nadie te impedirá que te felicites de mi marcha, que digas que te he aruinado, despojado; que de algunos meses á esta parte te he reducido á una situacion precaria que te obliga á consultarle sobre tus negocios y á pedirle que te adelante dinero. Vamos á otra cosa. ¿De dónde vienes? ¿Qué haces estos dias?

—Yo... nada. Me paseo y hago castillos en el aire.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—¿De dónde proviene esa afición repentina á la soledad?

—No lo sé, una melancolía profunda...

—¡Ah! sí. Ayer ví tu melancolía asomada á una ventana; tenia puesto un vestido azul...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que te ví pasar ayer por delante de la granja de M. Sorin y dirigir la vista hácia la ventana.

—Pues bien, sí... amo, adoro á una jóven...

—¿Y la llamas...?

—No sé su nombre.

—¡Diablo! ¿Te has vuelto discreto? Vamos, es una pasión.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Al día siguiente, cuando Fernando llegó á casa de M. Sorin, estaba bebiendo cerveza debajo del castaño grande que habia delante de la casa.

Hortensia hablaba con otras dos jóvenes y con la señora Sorin; los hombres eran M. Sorin, M. Quantin y Fernando. M. Quantin habia desahogado antes de la llegada de Fernando su afán de echarla de gracioso con sus equívocos y juegos de palabras, cuando se presentó nuestro héroe.

—¡Ah! aquí está Fernando, dijo la señora Sorin.

Hortensia le habia visto antes que ella, pero no habia dicho nada.

M. Sorin —¿Vámonos á casa?

La señora Sorin.—No: la tarde está hermosa: permanezcamos al aire libre.

M. Quantin.—No conozco á ese buen señor.

Julia.—¿A qué vamos á jugar?

(Rosa propone varios juegos de prendas con los que se divierten sucesivamente.)

Conozco una persona de mucho talento que ha escrito sobre dichos juegos inocentes un capítulo que

quisiéramos nosotros haberle hecho con tanto mas motivo cuanto que ese capitulo no se imprimirá nunca, porque el autor sabe muy bien que en cuanto una mujer se hace escritora, comete de una vez la doble falta de aumentar el número de los libros y de disminuir el de las mujeres.

Durante el curso de los diferentes juegos, Fernando halló ocasion de decir á Hortensia:

—Señorita, ruego á V. que no se ofenda por el favor que voy á pedir á V. en este momento. Necesito dejar esta comarca dentro de breves dias, y es de absoluta necesidad que antes de mi partida tenga con usted una entrevista de pocos momentos.

No sabemos lo que hubiera respondido Hortensia; mucho descaba saber lo que tendria que decirle Fernando, ó mas bien *oirlo*, porque sus *teorías* sobre este punto eran bastante avanzadas para dárla el convencimiento de que se trataba de amor.

Sin embargo, no podia conceder de buenas á primeras una cosa tan grave como una cita.

Felizmente uno de los concurrentes se aproximó á ella y la sacó del apuro ahorrándola el trabajo de responder. Mucho tiempo despues volvió Fernando á hallarse á su lado y la dijo:

—Señorita, juro á V. por mi honor, que en lo que necesito decirle á V. no hay nada que pueda ofenderla. Rehúsar sería reducirme á la desesperacion. Esté usted mañana temprano á la puerta de la granja cuando yo me dirija hácia aquí como todos los dias. Bajo este mismo castaño que nos cobija ahora es donde la pido á V. me conceda una entrevista que, así, á la vista de la casa, no tiene nada de inconveniente ni de misteriosa.

Rosa.—Juguemos al *jardin de mi tia*.

Hortensia.—Yo no sé ese juego.

La señora Sorin.—Ni yo.

M. Quantin.—Ni yo.

SABATER
V. A. L. L. A. D. O. L. I. D.

Fernando.—En esta ocasion me hallo de acuerdo con el señor.

Rosa.—Tú lo sabes, Julia.

Julia.—Si: empecemos; coloquémonos en círculo.

Julia á la señora Sorin.—Te vendo las cuatro esquinas del jardin de mi tia. En la primera hay un romero, mucho te quiero.

La señora Sorin á Rosa.—Te vendo las cuatro esquinas, etc.

Rosa á M. Quantin.—Le vendo á V. las cuatro esquinas, etc.

M. Quantin á Fernando.—Le vendo á V. las cuatro esquinas, etc.

Fernando á Hortensia.—La vendo á V., etc.

Hortensia á Julia.—Te vendo, etc.

Julia á la señora Sorin.—En la segunda hay un torongil, te iba á abrazar, pero no me atrevi.

La señora Sorin á Rosa.—En la segunda, etc.

Rosa á M. Quantin.—En la segunda, etc.

M. Quantin á Fernando.—En la segunda, etc.

Fernando á Hortensia.—En la segunda, etc.

Hortensia á Julia.—En la segunda, etc.

Julia á la señora Sorin.—En la tercera esquina hay un abeto, dime tu secreto.—Vamos, Aglaé, dime tu secreto.

La señora Sorin en voz baja á Julia.—Mi marido está bastante fastidioso esta tarde. (*Alto á Rosa.*) En la tercera esquina hay un abeto, dime tu secreto.

Rosa por lo bajo á la señora Sorin... (*Alto á M. Quantin.*)—En la tercera esquina, etc.

M. Quantin en voz baja á Rosa despues de haberla besado clandestinamente... (*Alto á Fernando.*)—En la tercera, etc.

Fernando en voz baja á M. Quantin... (*Alto á Hortensia.*)—En la tercera, etc.

Hortensia á Fernando en voz baja y ruborizándose... (*Alto á Julia.*)—En la tercera, etc.

Julia.—En la cuarta esquina hay una hoz, lo que me has dicho en secreto lo explicaré en alta voz. La señora Aglaé me ha dicho: «Mi marido está bastante fastidioso esta tarde.»

M. Quantin.—¿Cómo, cómo? ¿Se repite ahora en alta voz lo que se ha dicho en la confianza del secreto? ¿Qué ridículo es eso! No es gracioso. No me gusta ese juego,

Hortensia no dijo nada, pero su lindo rostro se cubrió de cadavérica palidez, había dicho en voz baja é Fernando, el cual no había cesado en toda la tarde de suplicarla: «Mañana á las siete.»

La señora Sorin.—En la cuarta esquina hay una hoz, lo que me has dicho en secreto lo explicaré en alta voz. Rosa me ha dicho...

Rosa.—¡Eh! no quiero que lo repitas.

M. Quantin.—¿No es verdad, Rosita, que este juego carece de sentido comun?

La señora Sorin.—Rosa me ha dicho: «Hace buena tarde.»

M. Quantin haciendo señas á Rosa.—Traidora, sabia V. el juego.

Rosa.—En la cuarta esquina, etc.—No me tire usted de la saya, M. Quantin.. Si, sí, inútil es que usted se canse en guiñarme el ojo... M. Quantin me ha dicho que á mi lado Aglaé, Hortensia y Julia no merecen ni el honor de una mirada.

M. Quantin.—Ruego á Vds. que crean..

Julia.—M. Quantin no será tan fátuo que vaya á creer que esas palabras pueden habernos zaherido en lo mas mínimo.

M. Quantin.—Suplico á V...

Rosa.—Vamos, vamos al juego.

M. Quantin.—En la cuarta esquina, etc.—El señor me ha dicho: «Quien mucho abarca poco aprieta.»

Fernando.—Perdone V.; no es eso precisamente. La señorita Rosa no nos ha revelado la confianza de

usted por completo; la ha besado V. en el cuello con el pretexto de hablarla al oído.

M. Quantin.—¡Caballero, yo!...

Rosa muy encarada.—No lo había sentido.

Fernando.—Y su bigote de V. ha marcado el beso sobre su cuello... de alabastro, como se suele decir.

La señora Sorin.—Y es verdad, aun tiene la señal.

M. Quantin.—No veo qué conexión pueda tener...

Fernando.—Perdone V.; esto explica el que yo no le haya dicho á V. «quien mucho abarca poco aprieta» sino «quien mucho abraza poco aprieta.» Dispénsese usted que le haya usurpado este equívoco.

Julia.—En la cuarta esquina, etc.—La señorita Hortensia me ha dicho que su prima la señora Sorin es muy linda.

Hortensia.—Julia me ha dicho: «Buenas tardes.»

M. Quantin á Fernando, hablándole al oído, pero de manera que le oyeran todos.—Caballero, mañana á las siete de la mañana estaré en el Prado.

Fernando, con frialdad.—¿Vá V á pastar?

M. Quantin.—No señor, voy á corregir á un insolente: voy á batirme...

Fernando.—Efectivamente, caballero; el mejor medio de corregir á un insolente es que se bata V. á sí propio (1).

(1) Este, como otros muchos juegos de palabras de este capítulo y del anterior, son intraducibles; el presente consiste en el doble sentido de la palabra *battre*, que en francés significa desafiarse, y también sacudirse, golpearse. (N. del T.)

VI.

Interrumpimos nuestra narracion en el momento en que M. Quantin y Fernando acababan de tener una esplicacion algo viva, que terminó con una provocacion.

Al dia siguiente, muy temprano, M. Quantin llegó al sitio que habia designado á Fernando, y encontró á Cárlos fumando un puro.

Cárlos.—¿V. debe ser el señor Quantin?

M. Quantin.—Exactamente; ¿y V. debia ser don Fernando?

Cárlos, en alta voz, pero volviendo la cabeza como si no quisiera ser oido.—Vaya, pues no es tan bestia como dicen. La frase es muy buena. (*Alto á M. Quantin.* Don Fernando me ha encargado que le disculpe con V. por no haber venido, y que le ruegue al mismo tiempo que tenga un poco de paciencia por su tardanza. El resultado del combate es dudoso; puede uno dejarse matar despues de haber hecho ciertas cosas; pero no hay nada que se pueda hacer despues de ha-

berse dejado matar de una estocada. Estará aquí dentro de quince minutos.

M. Quantin saluda y se pone á pasear silenciosamente.

Cárlos se pasea en direccion contraria y vuelve á su lado.

—¿Quiere V. un cigarro?

M. Quantin.—Con mucho gusto.

M. Quantin encendió su cigarro en el de Cárlos. Se vuelven las espaldas, y llega cada uno al extremo respectivamente opuesto de la pradera; retroceden, y se vuelven á hallar de frente.

Cárlos.—¿Toma V. rapé?

M. Quantin.—Si señor.

Cárlos.—Entonces tenga V. la bondad de darme un polvo.

M. Quantin.—Con mucho gusto, caballero.

Se vuelven de nuevo la espalda, van muy lentamente hasta los límites de la pradera, y vuelven.

Cárlos entonces empieza á recitar versos ó prosa en alta voz, y sea casualidad, sea malicia, los trozos de verso ó la prosa que recita son siempre lúgubres cuando se encuentra frente á frente con M. Quantin.

—Dígame V. M. Quantin, ¿es V. pariente de un Quantin que sirvió en el 2.º regimiento de húsares?

—No señor.

Se vuelven de nuevo la espalda, dan su paseo hasta los confines de la pradera y regresan.

Cárlos.—Aquel Quantin fué muerto en desafío.

Se vuelven la espalda, dan su paseo hasta los confines de la pradera, y regresan.

Cárlos (*recitando*).—Cae: todo su cuerpo está cubierto de heridas mortales.

Rigores tiene la muerte

Que á nada son comparables.

De profundis clamavi ad te, domine.

M. Quantin.—Oiga V., caballero, ¿lo está V. haciendo á propósito?

Cárlos.—¿Que, caballero?

M. Quantin.—Parece que está V. recitando mi oracion fúnebre.

Cárlos.—Aunque así fuese, no tendria V. razon para quejarse. Pocos hay que tengan la suerte ó el consuelo de oír la suya. ¡Ah! ya viene mi amigo... Pero diga V., ¿no tiene V. padrino?

M. Quantin.—Sí, y le habia citado aquí, pero ya veo que viene con su amigo de V.

Fernando llega corriendo y muy alegre.

—¡Ah, M. Quantin! ¿V. aquí? Celebro infinito tener el gusto de verle. ¿Cómo está V? ¡Ah, mi querido Cárlos!...

M. Quantin.—A nuestros padrinos les corresponde fijar...

Fernando.—¿Qué?

M. Quantin.—¿Qué ha de ser? las condiciones de nuestro desafio.

Fernando.—¡Oh! ¡nuestro desafio! ¿Pues qué me voy á batir? No, soy harto feliz hoy; no me bato.

M. Quantin.—Caballero, lo siento mucho, pero...

Fernando.—Vamos, M. Quantin, quiero darle a usted un abrazo.

M. Quantin.—Me es muy sensible, caballero, pero tendrá V. que bairse.

Fernando.—Pues yo aseguro que no. Quiero mas bien bailar con V.

Le coge por las dos manos y le hace dar vueltas y saltos á pesar suyo.

M. Quantin se irrita y hace esfuerzos inútiles para desasirse.

Los padrinos los separan.

M. Quantin.—Oiga V., caballero, ¿se le figura á usted que no hay cosa mas sencilla que ser insolente por la noche y decir por la mañana «no me bato?»

Fernando.—¡Hola! ¿con que V. decididamente quiere batirse.

M. Quantin.—Sí señor.

Fernando.—Bien, nos batiremos puesto que V. se empeña. Pero soy tan feliz hoy que quiero á todo sér viviente; no desearia hacer daño á nadie, y por consiguiente menos á V. Pero ya que V. se empeña...

Se colocan á distancia de veinte pasos. Los padrinos cargan las pistolas.

M. Quantin tira á Fernando y no le acierta. Fernando tira al aire.

Cargan otra vez las pistolas y se las entregan á ambos antagonistas.

M. Quantin dispara y yerra el tiro; Fernando apunta á un árbol algo distante, y clava en él la bala diciendo al mismo tiempo:

—M. Quantin, quizá sea V. mas afortunado con la espada.

Los testigos les entregan dos espadas de desafío y hacen la señal.

Fernando tira algunas estocadas y le quita la espada á su adversario; la recoge y se la entrega con mucha finura.

Fernando.—Trate V. de empuñarla un poco mejor. ¿Quiere V. dejarlo?

M. Quantin.—Sus chanzas de V. son de muy mal gusto.

Fernando.—No me chanceo, sino que me estoy batiendo solamente por complacer á V., y cuando ya no le agrade continuar, lo dejaremos.

Los padrinos se interponen de nuevo. Carlos les quita las espadas; Fernando saluda á M. Quantin y á su testigo, y se vá con su amigo.

—¿Podré preguntar á V., amigo don Fernando, dijo Carlos cuando se hallaron solos, el motivo de esa alegría tan sumamente cómica, que le ha inducido á V. á

jugar con ese necio á un juego que me ha hecho estremecer varias veces?

—Amigo Carlos, le respondió Fernando, creo haberte dicho que amaba á una jóven.

—¡Ah! sí. La *Melancolia*... con un vestido azul... ya lo sé.

—Bien; pues á fuerza de ruegos y de ser obstinado é importunno, la he obligado á que me concediera una cita hoy por la mañana; ha llegado al mismo tiempo que yo, y si supieras lo que me ha dicho en la cita!...

—¡Toma! que tu *pasion es correspondida*.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh! ¡porque estoy dotado de una inteligencia sobrenatural! Porque supongo que una muchacha que concede una cita, no acude á ella para tratar de los negocios de Oriente ni de la deuda de España; porque lo que ella te ha dicho es justamente lo único que podía decir en un caso semejante; en fin, porque habiéndote concedido una entrevista para esta mañana, no tenia necesidad de haberte dicho tanto, y tu dicha era tan evidente anoche como ahora.

Por la noche Fernando fué á la granja; Hortensia le dió furtivamente un billete concebido en estos términos:

«Nos han visto esta mañana. M. Quantin ha venido »y ha pedido á mi prima su proteccion para con mis »padres y conmigo, y *obtener mi mano*. Entonces me »he servido de una cosa que no tardará en ocasionar »mi desesperacion; he alegado un casamiento que es- »taba decidido hacia tiempo por mi familia. Ese casa- »miento funesto ha sido el que me ha obligado á dar »el paso de esta mañana. De un momento á otro pue- »de venir mi padre á buscarme, y si V. me ama, es »menester que tomemos nuestras medidas y que nos »inspiremos mutuamente valor y energia á toda prue-

»ba, porque preveo que lo necesitaremos demasiado-
»Tendremos que estar algun tiempo sin vernos. No
»quiero que á mi padre le hablen de V.; me obligas
»ría á dejar la granja, y solo en ella podemos esperar
»el vernos algunas veces. Si V. supiera los disgusto
»que voy á sufrir por V... Si conociera V. la voluntad
»invariable de mi padre... V. me agradecería, si no
»mi valor, el motivo que le origina. Esté V. mañana
»á las seis debajo del castaño.

»HORTENSIA.»

Fernando contestó á este billete con la carta de doce páginas que todo amante de su edad y en su caso hubiera escrito, y de las cuales no queremos daros, amables lectoras, sino el resúmen, persuadidos de que habreis leído algunas dirigidas, si no á vosotras precisamente, á alguna de vuestras amigas por lo menos, lo cual os impedirá que repareis en algunas contradicciones que se encontrarán en ellas.

«¿Por qué no habia él de poder esperar á aquel
»padre querido, echarse á sus pies, y pedirle que le
»concediera el derecho de hacer feliz á su hija?»

Un poco mas abajo:

«El sabria defenderla de la violencia y de los arrebatos de un tirano.»

En sumario:

«Respetaba mucho al padre de Hortensia, pero estaba dispuesto á romperle los huesos. Empezaba para él una existencia nueva, y tomaba al cielo por testigo de que su amor solo acabaria con su vida. ¿Por qué no podria huir lejos de una sociedad impostora! La ofrecia conquistar fortuna, rango, honores, una corona, hasta el imperio del mundo, por poco que lo deseara. En cuanto á él, preferia irse al corazon de un desierto, pero se sujetaria con gusto á su voluntad. Sentia amargamente no haber hecho por lo me-

»nos algunas contusiones á M. Quantin, y no encontraba ni en la historia de los mártires, ni en la de la Inquisicion, un suplicio que le pareciera aplicable al atrevimiento que tenia aquel miserable caballero, »aquel fariseo maldito, de amar á su divina Hortensia.»

Hortensia halló esta carta encantadora: así escribian los Amadeos, los Edgardos, etc., á quienes ella habia amado en las novelas que habia leído, y cuyo original habia estado esperando para empezar la novela á la cual pensaba tener derechos incontestables.

Al dia siguiente, Fernando estaba mucho antes de las seis al pié del castaño, llevando en la mano una jaula que ocultó entre las ramas.

Hortensia no tardó en reunirse con él. Estaba muy conmovida y apenas podia hablar. Cualquiera que hubiera estado escuchando á los dos amantes, los hubiera juzgado de ridiculos, pues los discursos que ambos proferian eran pedantes y afectados.

Pero los que recuerden sus pasados amores, saben qué divina es la armonia que resuena en los corazones de dos amantes jóvenes cuando se dicen esas necedades, y la dulce y celestial embriaguez que les produce mutuamente su voz, de la cual no pueden sacarle las palabras inútiles y absurdas con que tratan infructuosamente de espresar sus sensaciones.

El resultado fué que Fernando debia abstenerse de ir á la granja hasta que el padre hubiera estado en ella y hubiera consentido en dejar á su hija.

Entonces Hortensia le avisaria que podia aparecer de nuevo en la granja, dando á su ausencia un pretesto plausible; pero lo que la inquietaba era el medio de mandarle el aviso.

Fernando habia previsto este inconveniente, y sacó de entre las retamas la jaula que habia escondido, y

que contenia dos pichones, de una blancura deslumbradora, sacados del palomar de su tío. Cualquiera ocurrencia que Hortensia quisiera participar á su amante, la podía escribir en un papelito, atarlo al cuello de uno de los pichones, y dejarle libre, en cuyo caso no dejaría de volver al palomar. Con el objeto de que Fernando le viera llegar, le habría de soltar á las seis de la mañana, en cuya hora estaría él siempre de observacion. Si los dos pichones volvian al palomar sin ningun billete, los llevaria de noche en una jaula, y los esconderia entre las retamas de donde la acababa de sacar, y en cuyo sitio la podría coger Hortensia sin dificultad. Despues de haber convenido bien en todo esto, de haberse repetido cien veces que se amaban y que se amarian siempre, se separaron con el corazon henchido de amor y de lágrimas.

El día siguiente les pareció horriblemente triste á los dos amantes. A los dos días Fernando estaba muy temprano en el palomar: un presentimiento secreto le decía que habia de recibir alguna carta, y su esperanza llegó á realizarse. Sabe Dios cuántas moscas que le pasaron cerca de los ojos mientras escudriñaba el horizonte, le parecieron pichones. Por fin, un punto negro apareció á larga distancia, y no tardó en aumentar de tamaño;—despues distinguió un pájaro;—despues los rayos del sol naciente hicieron brillar sus alas, que eran blancas.—Un pichon bajó al palomar, y vino como siempre a posarse en el hombro de Fernando: tenia al cuello un papelito atado con una seda blanca.

«Nada de particular tengo que decir á V. sino es que el día de ayer duró un siglo. Quiero probar la fidelidad de nuestros confidentes. Esta marcha con un beso en su pechuga blanca. V. ocupa todos mis pensamientos. Adios.»

Al día siguiente llegó el otro pichon. Llevaba tam-

bien un papelito que contenia un rizo de pelo castaño. Fernando tuvo un placer extraordinario, y pasó toda la noche haciendo versos sobre aquel rizo y aquellos pichones blancos, y sobre el beso que recibian en recompensa de su servicio. Una hora antes de amanecer estaban los pichones y los versos ocultos cerca del castaño.

Era de madrugada: el rocío se elevaba en pardos vapores que hacian parecer la pradera á un lago inmenso. M. Quantin salió á cazar, y, como sucedia siempre en tales casos, enderezó sus pasos hácia la granja de M. Sorin. Pero aquel dia llevaba además una intencion muy galante. El padre de Hortensia habia llegado la noche anterior. Habia en la granja aquel dia una gran comida, á la cual estaba convidado M. Quantin, y este queria poner en la ventana del cuarto de la jóven, á la que suponía aun dormida, un ramillete y una carta. La advertia en esta que iba á *pedir* positivamente *su mano* al respetable autor de sus dias, y que, si ella se dignaba aprobar este paso, la suplicaba que se lo indicara, llevando por la tarde en la mano el ramillete que se tomaba la libertad de ofrecerla.

M. Quantin extrañó mucho, al ir á aproximarse á la ventana, verla abierta y á Hortensia asomada á ella. Se escondió detrás de unos matorrales y observó lo que hacia. La jóven estaba atando un papelito al cuello de uno de los pichones correos, y le cubria de besos y de lágrimas. Al hacer M. Quantin un movimiento, sonaron las hojas, y ella se escondió precipitadamente, pero no viendo á nadie, volvió á asomarse con dos pichones en vez de uno. Los volvió á besar; despues los colocó en la parte exterior, y la cerró por dentro. Los pichones aletearon un momento, se sacudieron, y despues tomaron vuelo; pero al pasar por encima de unos matorrales, sonaron dos tiros. Hortensia

sintió oprimirse su corazón, y se precipitó á la ventana; pero no vió á nadie, y volvió á cerrar pensando que seria algun cazador, porque oia otros muchos todas las mañanas desde la conclusion de la veda, y habia bastantes perdices y liebres á que tirar sin necesidad de hacerlo sobre dos pichones. Hé aqui lo que decia la cartita atada al cuello de uno de ellos:

«Fernando: me marcho; mi padre que llegó anoche me lleva consigo mañana por la mañana. Voy á tener que sostener luchas terribles; pero el amor me sostendrá; no seré infiel, me conservaré para V. Me ha dicho V. que tenia que volver pronto á Paris; le describiré á V. sin señas de casa á la lista, porque no sé mas que el barrio donde V. vive. Tal vez pueda yo darle á V. un medio para contestarme. Fernando, confío en V. Nos amaremos y seremos fuertes; ningun sacrificio, ninguna resolucion me costará trabajo adoptar para llegar á ser de V. En este momento en que nos vamos á separar quizás para siempre, en que debemos confiar uno en otro, no vacilo en decirle á usted cuánto le amo para inspirarle con respecto á mí la confianza que quiero tener en V. Seré de V. ó moriré.

»HORTENSIA.»

«Este necio de M. Quantin no sale de la granja; es lo único que me hace partir de ella con menos pena.»

VII.

Durante este intervalo habia llegado el domingo, y el lunes debia Fernando despedir á Carlos Lefloch. Este habia empezado desde por la mañana á dar motivos mas que suficientes para que su amigo le hiciera el favor consabido.

Algunos sugetos que habian llegado el dia anterior de la ciudad inmediata, habian pasado la noche en casa del tio de Fernando.

Cárls empezó por mezclar las botas y zapatos que cada uno habia puesto la noche anterior á la puerta de su cuarto respectivo para que se limpiaran.

Puso las botas de M. Lefebure á la puerta de uno de los huéspedes; hizo un par con la bota derecha de uno y la izquierda de otro, etc., etc., lo cual produjo una confusion grotesca.

M. Lefebure se obstinó cerca de media hora en meter sus pies en unas botas que apenas eran capaces de contener sus tobillos, por temor de hacer esperar á sus huéspedes y á su esposa; pero nadie estaba aun

en el comedor. Cada uno se quejaba al ir llegando, uno de no haberse podido meter las botas, otro de no haber hallado á la puerta de su cuarto mas que un calzado tan ancho que se le salia á cada paso. Entonces se esplicaron, y conocieron las botas propias en pies ajenos.

Hablamos de los pocos que habian podido calzarse. Fué menester subir de nuevo á los cuartos; el almuerzo estaba frio; la señora de la casa se puso de mal humor y le descargó con Carlos; este la respondió bruscamente.

Fernando, que conocia el mal génio de su tio Lefebure, se apresuró á dirigirle un ¡Carlos! en tono amenazador.

—Pero hombre, dijo M. Lefebure, tiene razon para responder; la reprension de Clarisa es injusta; exige virtudes en los criados que los amos tendrian mucho trabajo en practicar.

Carlos y Fernando se miraron sorprendidos. El bueno del tio no tenia tanta paciencia generalmente. Carlos rompió dos tazas. M. Lefebure le preguntó si se habia cortado.

Despues de almorzar dejó entrar en el jardin las gallinas y los conejos. El tio no encontró nada que decir sino que era menester echarlos.

Carlos dijo á Fernando con semblante mustio:

—Fernando, son las nueve; es menester que á las diez esté yo fuera de aquí. Voy á dar un gran golpe.

Cogió piedras y las arrojó al jardin para echar de él las gallinas y los conejos, y dirigió tan bien las piedras, que todas fueron á caer encima de las campanas de vidrio que cubrian las plantas de melones.

Fernando fingió entonces una cólera violenta. M. Lefebure no se ocupó sino de calmarle.

Los dos amigos no sabian qué hacer; Cárlos particularmente estaba desesperado. Derramó el contenido de un tintero sobre una alfombra, rompió el fanal de un reloj de sobremesa, y dejó abierta la jaula de los canarios holandeses, los cuales se escaparon. Fernando tomó entonces la palabra.

—Oiga V., señor pillastre, todo esto pasa de chanza. Desde esta mañana parece que se ha propuesto usted saquear la casa de mi tío. Me vá V. á hacer el favor de despejar dentro de cinco minutos, que es justamente el tiempo necesario para hacer el batillo. Desde este momento no está V. á mi servicio, y no quiero oír hablar mas de semejante truhan.

Cárlos en voz baja á Fernando.—Me quiero llevar el pantalon de color de perla.

Fernando lo mismo.—No puede ser; le necesito yo.

Cárlos.—Yo tambien.

Fernando.—Entonces no te irás, porque te voy á perdonar.

Cárlos.—No vayas á hacer tal disparate.

Fernando.—Deja el pantalon, ó te perdono.

Cárlos.—Bueno, le deajo.

Fernando en alta voz.—¿Lo oye V., Cárlos? dentro de cinco minutos ha de haber salido usted de mi casa.

M. Lefebure.—Cómo, Fernando, ¿irás á echar de tu lado á un criado tan fiel, solo por un dia de torpezas? Un criado que tanto te quiere...

Fernando.—Sí... mucho me quiere... ¡vive Dios!

M. Lefebure.—Sí, te tiene mucho cariño, y tú tambien á él; tu enfado no es formal.

Fernando.—¿Cómo que no es formal, tío? Todo lo contrario: estoy fuera de mi; solo el respeto que le tengo á V. me impide el darle una correccion violenta; solo...

M. Lefebure.—¡Bah! yo afirmo que ya te calmarás y que volveréis á ser muy amigos. ¿Qué hora es? Las diez. Puesto que son las diez y que te empeñas obstinadamente en echarle, no tra o ya de impedirlo...

Fernando.—Cómo, tío, puesto que son ya las diez... ¿Qué quiere V. decir con eso?

M. Lefebure.—Que deseo impedir el que ese moquito alcance á Fany. Pero tú no esperabas este suceso, y por consiguiente estoy seguro de que deberás algún dinero á ese mastuerzo. ¿Le quieres?

Fernando.—Lo ha adivinado V., tío. Deme usted ciento veinte francos. Es V. un tío excelente.

M. Lefebure.—No te doy mas que lo que es tuyo. Voy á buscar los treinta pesos; sin embargo, si necesitas para ti, si necesitas uno ó dos billetes de quinientos francos, los cuales habrás venido tal vez á buscar...

Fernando.—¡Oh tío sagaz! ¡tío bondadoso! ¡tío modelo!

M. Lefebure.—Voy á buscarte ese dinero mientras arregla ese pícaro su lio. Un poco dura es la palabra «pícaro» caballero Carlos, pero cuando los criados no son amos; cuando uno es criado...

Cuando se marchó el tío, dijo Carlos á Fernando:

—Sabes que tu tío es un zorro viejo, y que se burla de nosotros?

M. Lefebure no tardó en volver con un taleguíto aul lleno de dinero.

Fernando y Carlos se dirigieron una mirada que expresaba una codiciosa alegría.

M. Lefebure.—Toma este recibito, y firmale; espero que sea el único que me des, porque dentro de cinco meses serás mayor de edad, y te rendiré cuentas con un apresuramiento difícil de describir.

Hé aquí por ahora esta cuentecita de mendacencias:

Tengo que entregar á mi sobrino Fernando:

1.° Ciento veinte francos para las soldadas de Cárlos.	120
2.° Dos billetes de banco de quinientos francos.	1000
Total.	<u>1120</u>

Tengo que cobrar de mi sobrino Fernando:

1.° Por dos tazas que ha roto su criado Cárlos.	15
2.° Por los daños ocasionados en la huerta por los conejos y gallinas que el mismo Cárlos ha dejado entrar.	20
3.° Por once campanas de vidrio que el mismo Cárlos ha roto á pedradas, á razon de tres francos cada una.	33
4.° Por quitar de una alfombra la mancha de tinta que el mismo Cárlos ha echado en ella.	5
5.° Por un fanal de un reloj de sobremesa que el mismo Cárlos ha roto.	15
6.° Por ocho canarios holandeses que el mismo Cárlos ha dejado escapar, á cinco francos cada uno.	40
Total.	<u>128</u>
Restan á favor de Fernando.	<u>992</u>

—Si, amiguitos míos: novecientos noventa y do francos son únicamente los que os voy á entregar, añadió M. Lefebure, porque mientras no pasaron vuestras travesuras de hacerme creer que un jóven tan fino y bien educado como el caballero Cárlos Lefloch era un miserable criado, no me costaban nada, y yo tambien me divertia con ellas. Pero cuando llegan al estremo de romper y destrozar lo mejor que tengo

en mi casa, es necesario que obtenga una indemnización.

Cárlos y Fernando, confusos y cortados en el primer momento, soltaron al fin una carcajada homérica.

—¡Bravo! ¡bravo! ¡los tios y tutores han sido vengados, y nosotros derrotados! ¿Pero cómo ha descubierto V. nuestro enredo?

—Por una conversacion muy poco recatada que oí hace hoy ocho dias.

VIII.

M. Quantin asistió puntual á la comida que daba M. Sorin en obsequio del padre de Hortensia, ostentando mas que nunca su estrafalaria elegancia, y con el aire mas audaz y triunfante.

Hortensia se estremeció; no estaba bastante segura del buen gusto de su padre para dejar de temer que hallara á M. Quantin bastante despejado y muy gracioso; pero pronto recordó lo obstinado que estaba con el funesto casamiento de que anteriormente le habló, y al cual la habia condenado hacia tanto tiempo, y unos temores fueron disipados por otros. Se tranquilizó en cuanto á M. Quantin, y se horrorizó al pensar que de todos modos querian separarla de Fernando.

Margarita.—Le advierto á V., M. Quantin, que lo que está V. diciendo no tiene nada de alegre ni de chistoso. Aquí está la caza de V., tenga V. la bondad de trincharla.

M. Quantin.—Con mucho gusto, señora. ¿Querrá

de ella la señorita Hortensia? ¿Qué la parecen á usted esas aves?

Hortensia.—Muy buenas; pero no sé lo que son.

M. Quantin.—Son pichones, pichones blancos, á fé mia. Recuerdo una escena magnífica descrita por M. Jolyot de Crebillon. Cuando Atrea vá á hacer comer su sobrino á su hermano Thyesto, mientras guisan al jóven, Atrea con tono irónico se entretiene en hacer reflexiones á su hermano que está inquieto con la prolongada ausencia de un hijo que ignora se halle á aquellas fechas dando vueltas en el asador.

Margarita.—M. Quantin, propende V. hoy á una ferocidad poco comun.

M. Quantin.—Vaya, no hablemos mas.

Despues de comer, M. Quantin siguió á Hortensia al salon y le dijo:

—Tus gemidos me anuncian tu pena.

Me refiero como siempre á *Atrea y Thyesto*. Es una tragedia lindísima, ¿no es verdad, señorita? También ha escrito M. Dubeloz *Gabriela de Vergy*. Es una dama á la cual obliga su esposo á comer el corazon de su amante. Si V. quiere, la enviaré esta tragedia. La interesará á V. mucho. Los pichones estaban esclentes, ¿no es verdad? Ha creido V. tal vez que desesperado con la lectura del mensaje que llevaban me levantaria la tapa de los sesos, ó me arrojaria á un pozo, ¿no es verdad? Nada de eso. De un solo golpe cogí los pichones y el pollo. Agradézcame usted aun que no haya presentado á los convidados mas que los pichones; pero no se enfade por eso: vamos, ya veo que no es V. filósofa; me está poniendo mala cara.

—Caballero, dijo Hortensia, le contestaré á V. usando de su propia espresion, que si le pongo á V. mala cara, no es por lo menos tan necia y estúpida como la que V. tiene en este momento.

Y le volvió la espalda con desprecio.

Con el doble pretexto de estar cansada y de tener que salir al día siguiente antes del alba, se acostó temprano y pasó toda la noche buscando inútilmente en su imaginación un medio seguro de dar noticias suyas á Fernando.

Al amanecer, Hortensia marchó con su padre. Fernando, inquieto por su silencio harto prolongado ya, se dirigió á la granja y dió varias vueltas á su alrededor.

Las ventanas del cuarto de Hortensia estaban cerradas: la creyó enferma. Entró, habló con los mozos de labranza, y supo que su amada había marchado hacia dos días en compañía de su padre.

Fernando se desesperó. No hallaba medio alguno para escribirla. Todo estaba perdido.

Cárlos consiguió por fin persuadirle de que si Hortensia le amaba, ya conseguiría ponerse en comunicación con él, porque una carta, en París, aunque no lleve las señas de la casa, llega tarde ó temprano á manos de la persona á quien vá dirigida.

Los dos amigos regresaron á París. Fernando se volvió triste y meditabundo, rehusando tomar parte en ninguna clase de placeres ni diversiones.

El amor es como la fruta del soto que nos describe la Mitología, cuando se ha probado una vez, todos los manjares parecen ya insípidos y desagradables. Hay tal encanto en los sufrimientos que ocasiona el amor, que se prefieren á todos los placeres y goces que pueden hallarse en la vida, y no se desea ni curación ni alivio.

Hortensia, cuando entró en su casa, no experimentó esa alegría sencilla y silenciosa que se tiene cuando se vuelve al hogar paterno después de una ausencia de algunos días.

Vió con indiferencia su sillón al lado de la chimenea en el sitio de costumbre; sus rosales tenían aun

algunas rosas pálidas y casi marchitas, corona melancólica del otoño; pasó cerca de ellos sin aspirar su perfume. Las madreselvas planteadas en espaldera delante de la casa, habían trepado hasta la ventana de su cuarto, y la rodeaban con sus ramas; las gallinas volvieron á acudir á su voz para recibir el grano; la anciana criada la dijo que venia muy guapa y rolliza, y ella en cambio... se mantuvo insensible á todas estas sensaciones de un regreso, únicos placeres que proporciona un viaje.

Todo habia cambiado de aspecto en la existencia de Hortensia. Todos aquellos dias que dejaba tras si habian desaparecido con su recuerdo, su alegria y su dolor, como las amapolas brillantes de jabon que se lleva el viento, y que desaparecen en el espacio perdiendo progresivamente sus espléndidos colores. Ya no existía en su memoria mas que el tiempo que habia pasado con Fernando; este era todo su pasado. Su vida fué desde entonces mas tranquila y silenciosa que antes. No se entregaba á ninguna sensacion exterior. Su alma se halagaba con dulces recuerdos. Leia cien y cien veces las cartas de Fernando; buscaba un medio de comunicacion con él, porque desde la traidora y villana accion de M. Quantin, debia estar muy inquieto con la salida repentina de la granja. Aunque los esfuerzos de su imaginacion fueron infructuosos, no podia creer que se hubiera separado de Fernando para siempre.

No dudó que su amante estaria averiguando entre la gente de la granja el sitio en que se hallaba su cariñosa y tierna Hortensia, y á cada paso que oia cerca de la casa, se asomaba á la ventana para ver si era Fernando que se presentaba valido de alguna estratagemá amorosa, tanto mas fácil de poner en práctica, cuanto que su padre no conocia al jóven ni sabia siquiera su nombre. Algunas veces imaginaba que Fernando tenia derecho para creerse alevemente aban-

donado por ella, y que quizás su resentimiento, legítimo al parecer, le impediría que se ocupara en buscarla; pero ninguno de estos obstáculos era insuperable para Hortensia. No había visto ninguna novela que acabara así en la mitad del volúmen.

No veía mas que dos desenlaces posibles, ó bien que despues de mil contratiempos y azares se reuniese con Fernando, ó morirse de tristeza, y algunas veces llegaba hasta recordar las palabras que pronunciaría al espirar; se enternecía consigo misma y lloraba. Pero en ambos casos debía volver Fernando á la escena. Así es que ella se preguntaba á sí misma, no si lo volvería á ver, sino cuándo y cómo sucedería esto.

Generalmente los moralistas han sido unos pedantes que han tratado de proscribir las pasiones en lugar de dirigirlas: la virtud que ofrecen á los que tienen hambre, sed y sueño, consiste en ayunar, en no beber y en velar. Proscriben el amor, y los poetas, á quienes se trata siempre tan ligeramente, tienen razon en este caso para hablar contra ellos; el amor es el origen y la causa de todo lo que hay de grande, hermoso y noble. El vulgo cree que la belleza es la madre del amor, el amor es el que crea la hermosura, el que traslada el alma á una mirada, el que dá gracia al cuerpo, dulzura y vibracion á la voz; el amor es el que produce ambiciones nobles, el que produce el génio.

Todo lo que ha creado Dios tiene por objeto e amor.

Ese dosel de záfiro con sus estrellas chispeantes ese sol, las flores que embalsaman la atmósfera, la armonías dulcísimas y admirables de los rios que murmurán entre sus verdes orillas, del viento que suspira entre las flores cuyo zumo estrae, toda esa grandeza, esa magnificencia, ha sido creada por el Supremo Hacedor para servir al amor de templo, con la inquieta solicitud que tiene la curruca al recoger para hacer el

nido en que han de nacer sus polluelos, las yerbecitas perfumadas, la pluma blanca que el viento arranca á los cisnes, y la lana que las ovejas dejan agarrada en los zarzales.

El amor es el sol que hace brotar todas las flores celestiales del alma, y que las hace exhalar tan divinos y suaves perfumes.

Hortensia se hizo mas hermosa, y mas pura. Su corazon, harto lleno de amor, dejó desbordarse algunas gotas que, esparciéndose á su alrededor, se convirtieron en piedad y compasion hácia los pobres, benevolencia hácia los débiles, veneracion á Dios, é indulgencia para todos los que la rodeaban. Tenia consuelos para todas las penas, alivio para todos los males. Hacia de su hermosa alma un templo sagrado, puro de toda profanacion y lleno de resplandores divinos, para encerrar en él su amor.

Un dia la dijo su padre:

—Ya no me hablas de tu casamiento.

Ella palideció y no respondió ni una palabra.

—No he visto á tu futuro en Paris en el último viaje que hice allá; me dijeron que estaba en el campo en casa de un tio suyo. El tio, á quien he escrito, me contesta que el jóven no se halla muy inclinado á esta union. Mi orgullo de padre me dice sin embargo que cambiará de opinion cuando te haya visto una vez siquiera.

Hortensia se echó á los pies de su padre, cogió una de sus manos, en la cual ocultó su lindo semblante, y le dijo:

—¡Oh, padre mio, mi buen padre! no labreis la desgracia de vuestra hija; renunciad á esa union funesta.

—Creo haber dicho mas de una vez á mi hija que me fastidian, me horrorizan esas frases pomposas que ha aprendido en el colegio. El tio vá á poner los medios para que vuelva el jóven, y tú te resignarás sin murmurar á la felicidad que te preparamos. Tan bueno

é indulgente soy cuando se trata de librarle de un pesar fundado y verdadero, como seré inflexible cuando se trate de obligarte á ser feliz. No tendré compasión alguna con los caprichos y necesidades que te se han metido en la cabeza; te casarás con el hijo de mi amigo. La historia nos cuenta varios casos de padres que han dispuesto de la voluntad de sus hijas para cumplir votos que habian hecho. Regocijate de la diferencia que hay entre aquellos padres mas ó menos mitológicos y yo: ellos consagraban generalmente sus hijos á la muerte ó á Diana, á Vesta ó á un convento; yo por el contrario, te sacrifico... en las aras del himeneo. El jóven es buen mozo, segun dicen; es fino, y está bastante bien en cuanto á intereses. Te he consagrado á la felicidad, y te declaro que el sacrificio se cumplirá ó dejaré de llamarme Delaunay.

Hortensia se fué á su cuarto y dió libre curso á su llanto; despues leyó las cartas de Fernando y recobró fuerza y energia. Sin embargo, en vano esperaba recibir noticias de su amado: estas no venian.

El padre de Hortensia era el padre mas á propósito para hacer desesperar á la hija más pacífica: no se tomó el trabajo de adoptar un gesto mas severo que de costumbre, de ahuecar la voz, ni de fruncir el entrecejo; esto hubiera sido admitir que existia lucha entre su hija y él. Una vez espresada su voluntad, no creia necesario ocuparse de hacerla cumplir. Si Hortensia hubiera querido hablarle aun de su casamiento, habria manifestado él tanta estrañeza, como si su hija hubiera querido oponerse á la ejecucion de un hecho consumado ya. Desde el momento en que daba una orden en su casa, la consideraba obedecida, y no admitia discusión alguna sobre el asunto. Así es que su mujer no tenia mas que un recurso cuando las órdenes de su marido la disgustaban: no contestaba una palabra, y M. Delaunay estaba tan persuadido de que se le obedecia, que ni se tomaba la molestia de averiguar

si era así realmente. Dos años antes había mandado que se vendiera un caballo, el cual no había salido de la casa, y seguía llevando diariamente á su amo sobre su ancho y fornido lomo; M. Delaunay prefería suponer que habrían comprado otro enteramente igual, á creer que habría sido desobedecido una vez siquiera. Había despedido también á un jardinero hacia seis meses, y este se ocultaba á las miradas de su amo, y seguía haciendo tranquilamente sus trabajos.

Hortensia se dirigió á su madre, la confesó su amor á Fernando, y la pidió protección. Pero la madre la respondió con razón que no era posible engañar en esto á M. Delaunay; no se le podía hacer creer con la misma facilidad que su hija estaba casada, como que el caballo rojo había sido vendido, etc. Compadecía á su hija, lloró con ella y la aconsejó que se resignara al sacrificio. Además, según todas las apariencias, Fernando la había olvidado y no la volvería á ver. El marido que se la proponía tenía todas las cualidades que pueden producir el amor, mientras que de Fernando nada se sabía.

Hortensia pasó una noche muy mala reflexionando su situación. Cuando oyó á su madre rehusarle su apoyo, y en lugar de animarla, demostrarla la imposibilidad en que se hallaba de resistir á su padre, se dejó llevar hasta el extremo de la desesperación, y cogió un frasco de arsénico que su padre tenía guardado para destruir algunas veces ciertos animales dañinos. Encerrada en su cuarto había rezado, había llorado y su energía febril la abandonó. Entonces pensó en huir, en esconderse, hasta el momento en que á fuerza de súplicas pudiera obtener de su padre que aprobara su enlace con Fernando. Quizás no conseguiría nunca esa aprobación; pero de seguro no pertenecería á otro hombre; podría estar en relación con él, saber lo que hacía, vivir en la misma ciudad, y tal vez aun en la misma calle; pero no se atrevía á aventurarse sola y sin

apoyo en medio del bullicio de una ciudad, y sobre todo de una ciudad como Paris. En el momento de llevar á cabo una resolucion tan atrevida, comprendió claramente todos los peligros cuya existencia hasta entonces solo sospechara, encerrada como habia estado siempre en la fortaleza de la familia.

Vaciló aun algunos dias; pero habiéndola dicho su padre que en carta que acababa de recibir le decia el tio de su prometido que iba á ir á Paris á buscarle y traerle consigo, escribió la jóven á su amiga Laura, contándola toda su historia, y participándola su resolucion; concluia su carta con estas palabras:

«Me marchó de aquí: no me contestes. Dentro de pocos dias estaré á tu lado.

»Tu desgraciada amiga

»HORTENSIA.»

IX.

EN EL TALLER.

La naturaleza ha hecho todas las cosas de tal manera con respecto al hombre, y necesita este trabajar tanto para llegar á ser desgraciado, que se llega á creer que realmente halla en serlo algun placer, cierta voluptuosidad particular, y se puede dispensar la humanidad de compadecerle.

Ha llamado el hombre felicidad á todo lo imposible, y desgracia á todo lo que es inevitable. El hombre verdaderamente sábio es el que sabe gozar de todos los pequeños goces que halla en el sendero de su vida.

Algun dia escribiré un libro muy voluminoso sobre los pequeños goces; consagraré en él un gran nú-

mero de páginas á la vuelta del invierno, de esa estacion que se vé desaparecer con tanto gusto, y á la que se recibe sin embargo con tanto placer cuando vuelve.

Si los primeros rayos del sol de Mayo hacen florecer las pálidas rosas del espino blanco y las florecitas de los campos; si su fuego creador hace abrir á un mismo tiempo las flores de la primavera, y dá ensanche á los pensamientos de amor, á las alegrías dulces sin causa aparente, hace gozar de los paseos en las pintorescas orillas de los rios, de las noches de atmósfera templada y pura y de cielo estrellado, del gorjeo vibrante y sonoro de las currucas que se ocultan en los bosques ó entre las lilas, de los días enteros que pasa uno blandamente recostado sobre la yerba y las flores de una pradera, de las tristezas dulces, de las melancolías apacibles; el invierno tambien trae sus goces y sus fiestas.

Al dulce calor de la chimenea renacen las tertulias agradables, fermentan las conversaciones entretenidas delante de un fuego que chispea, y al ruido de la lluvia que azota furiosa los cristales.

Al resplandor del fuego renacen las lecturas largas, los recuerdos, la música agradable, tocada en un piano ó en un órgano colocado en un rincon del taller, y vuelven los amigos vagabundos y encuentran con alegría sus pipas colgadas en la pared y libres de todo atentado por tener esta inscripcion:

.....*Odi profanum
Vulgus, et arceo.*

En el invierno hay alfombras, banquetas, almohadones, se rie con esa risa infantil que solo se puede usar al lado de aquellos con quienes se ha pasado la

infancia; todos estos placeres son las flores del invierno que se abren al calor del fuego.

Fernando estaba con Carlos Lefloch en el taller del pintor Antonio Huguét: este pintaba en un rincón copiando un modelo de mujer, y el galopin Gargantua lavaba unos pinceles.

—Ya lo sabes, Gargantua, dijo Fernando, si se presenta aquí un caballero con levita de color de castaña...

—¿Qué, esperas á tu tío? interrumpió Carlos.

—Sí, de él estoy hablando, respondió Fernando. Escucha, Gargantua, y aprovéchate de esta ocasión que te proporciono de suspender por un momento tus importantes trabajos. Harás entrar á ese caballero aquí y no á mi cuarto; le recibireis todos muy bien; le haréis formar de mí una opinión muy ventajosa; siempre como abogado, y le direis que estoy haciendo una escursión en los alrededores que durará algunos días.

No tengo yo gana ahora de pasear á mi tío por todo París, ni llevarle á lo mas alto de la columna de la plaza Vendôme, ó á la cúspide de las torres de Nuestra Señora. No volveré á estar visible hasta el último día de su estancia en París, que será menester saber cuál es, para entonces arreglar las cuentas de tutoría; porque habeis de saber que hace tres días que he cumplido 23 años, y este es el fin virtuoso que se ha propuesto al emprender su viaje. Al día siguiente de su partida habrá un banquete suntuoso, para el cual será menester convidar á todos los amigos que encontremos hasta entonces.

—¡Ah! dijo Carlos, la ventana de la vecina de enfrente está abierta.

—Hacia ya dos días que no se la veía, observó Antonio.

—No lo estraño, replicó Carlos, no puede asomarse

á la ventana sin encontrar tus dos ojazos fijos sobre ella como los de una serpiente sobre un pájaro que quiere fascinar para devorarle.

—¿Es bonita? preguntó Fernando.

—¿Qué te importa á ti? contestó Carlos. A ti que has renunciado al amor, y para quien no hay ya mas que una mujer en el mundo.

—Y una mujer, añadió Antonio, á la que adoras sin saber donde se halla ni si piensa en él; una mujer que indudablemente se ha burlado de él. Vamos, hombre, no me pongas esa cara tan feroz. Gargantua, trae pronto una daga y una rodela, que Fernando vá á saltar sobre mi como un tigre furioso. Me preguntas si es realmente bonita la vecina? Puedes conocerlo por los efectos que ha producido su aparicion.

Mira qué alteracion hay en el traje de Carlos. ¿Le habias visto hasta hoy gastar puños sobre la bocamanga del frac?

—Mira, dijo Carlos, cómo se coloca Antonio en la ventana de modo que se delinea perfectamente su perfil sobre el fondo oscuro del interior de la habitacion.

—Y Gargantua, dijo Antonio, ese Hipólito indomable hasta hoy, ese Gargantua feroz que hasta la edad de catorce años que há poco cumplió, habia permanecido insensible á los atractivos del amor, se peina ya cuidadosamente y dá brillo y suavidad á su cabellera con todo el aceite de ballena que encuentra en el taller.

—Gargantua es nuestro rival, observó Carlos.

—¿Pero qué interés, preguntó Antonio á Fernando, tienes tú en saber todas estas minuciosidades que tienen relacion con nuestra vecina, ó por mejor decir, cómo puedes oirlas referir sin escrúpulo? ¿No crees

cometer, ocupado por un momento de otra, una infidelidad terrible á tu bella desconocida, que tal vez no exista á estas fechas?

Cárlos cantando.—¡Ay de mi! ¡huyó cual vana sombra!

—La bella desconocida que has citado se llama la melancolía, y tenia un vestido azul, desapareció de repente sin que haya vuelto á saberse de ella. Si yo me atreviera á enunciar mi opinion, vistas sus perfecciones sobrenaturales, y su desaparicion fabulosa, diria que no la creo mujer, sino una *dama duende*, una hada, que pertenece á la clase temible de los *espiritus*.

Antonio.—Sombra, vapor, humo, fuego fátuo.

Cárlos.—Espectro, fantasma.

Fernando.—No creo que los respetables señores que habeis nombrado sucesivamente acostumbren llevar ligas como esta.

Cárlos.—Aparicion de ligas que se harian desaparecer con pronunciar tres palabras.

Fernando.—Hablemos de la vecina.

Antonio.—Ten cuidado, no seas infiel á tu vision; las novias del otro mundo no se andan en chanzas: te ahogaria como á un pollo.

Fernando.—Bueno: pues para curarme de mi mania, voy á galantear á la vecina.

Cárlos.—A quien no has visto aun.

Fernando.—Es cierto, pero á quien amo ya con delirio.

Antonio.—Declaro que te cedo todos mis derechos sobre ella, poniéndome así al nivel de Nisus y Eurialo, de Pilades y Orestes, y de todos los amigos célebres cuyo ejemplo nos presenta la historia.

Cárlos.—Mirad, amigos.

Entreabre de nuevo la ventana.

—Está vestida; vá á salir... ¡Es raro á estas horas!
Dentro de un rato será ya de noche.

Fernando.—Ven conmigo, Cárlos.

Cárlos cantando.—La victoria será nuestra.

X,

Apenas habian salido Cárlos y Fernando, cuando M. Lefebure llamo á la puerta del taller.

Gargantua fué á ver quién era, y volvió para decir á Antonio:

—Señor, es un caballero con levita de color de castaña.

—Que entre.

—¡Ah! dispénsenme Vds., señores, dijo M. Lefebure, sin duda me equivoco... El portero no me habrá dado bien las señas... ¿Saben Vds. dónde vive don Fernando Lefebure?

Gargantua.—Aquí.

M. Lefebure.—¡Cómo! ¿aquí?

Gargantua.—Sí señor, aquí.

M. Lefebure.—Y... ¿no está en casa?

Gargantua.—Voy á buscarle: tome V. asiento.

El tío de Fernando se sienta y mira azorado á cuanto le rodea. Aquel maniqui vestido, aquellas telas tiradas por el suelo, las armas antiguas tan limpias y

relucientes, las pipas, el traje de bandido napolitano que tiene nuestro Antonio Huguet, todo le sorprende. Mientras tanto, Gargantua, que habia hallado un poco ridiculo que M. Lefebure preguntara si no estaba su sobrino, despues de haber entrado en el taller y haberle recorrido con la vista, se puso á buscar en los armarios, en el hueco de la estufa, en la sombrerera, en las carteras de dibujo, debajo de las telas, en los papeles que habia en los rincones, y volvió despues hácia M. Lefebure diciéndole con una gravedad cómica:

—No señor, no está en casa, pero puede ser que no tarde en volver.

M. Lefebure no se atrevia á mirar á Antonio sino de reojo, y este no hacia caso de él. Gargantua volvió á su trabajo. Lllaman á la puerta: es Eduardo Sagan. Entra sin pronunciar ni una palabra. De allí á un rato dice:

—Gargantua, la *Rolhschild*.

Gargantua le dá una pipa guarnecida de plata y fuego.

Eduardo la enciende y fuma sin hablar. El silencio mas profundo reina en el taller. El tio no se atreve á hacer ni el mas minimo movimiento.

Antonio á Sagan.—Este caballero vendrá sin duda á consultar á nuestro ilustre amigo el célebre abogado Fernando Lefebure.

M. Lefebure mira á Antonio.

Sagan sin manifestar sorpresa.—Sí señor, y vengo de bastante distancia. Con tal que él quiera al menos encargarse de mi asunto...

Antonio.—Tiene tantos...

M. Lefebure.—¿De veras?... tiene tan...

Sagan.—Vea V., se trata de un asunto que importa quinientos mil francos: si consigue un buen éxito, cien mil francos serán para él.

Antonio.—Ya sabrá V., caballero, que las recompensas son las que menos le llaman la atención.

M. Lefebure.—¡Cómo! cien m...

Antonio.—No hace mucho aun que se negó á defender la causa de un hombre opulento, y de cuya parte estaba la razon, por el insignificante motivo de haber averiguado que aquel hombre habia robado unos melocotones, en su niñez, á un vecino de su padre.

M. Lefebure dirigiéndose á Antonio.—¡Cómo! Caballero...

Antonio á Sagan.—¡Tiene una severidad extraordinaria! De todas partes vienen á proponerle negocios y acepta muy pocos.

M. Lefebure á Antonio.—Pero es don Fernando Lefeb...

Antonio á Sagan.—Pues si la justicia que á V. le asiste no está bien probada, inútil sera que V. le espere.

Sagan.—¡Oh, Dios mio! si rehusa defenderme, me arruina. Solo él, con su irresistible elocuencia, puede iluminar á los jueces.

M. Lefebure.—¡Saben Vds. si mi sobrino...?

Sagan.—¡Cómo! ¿V. seria el tio de...?

M. Lefebure.—Si señor; soy tio de don Fernando Lefebure, hermano de su padre, y llevo su apellido de Lefebure.

Sagan.—¡Oh, caballero! concédame V. su protección, y mi gratitud será eterna, ilimitada, se traía de mi fortuna entera, y depende de su sobrino de V. el conservármela; en nombre del cielo, caballero, háblele usted en favor mio.

M. Lefebure.—No me niego á ello, no señor; diré algunas palabras á mi sobrino sobre esto. Su situacion de V. escita mi compasion; pero nada puedo decir sobre el resultado que obtendré. Si su pretension de usted no es justa... mi sobrino...

Antonio.—Caballero, no se mueva V., se lo ruego; no se mueva V. Es sorprendente la semejanza que hay entre V. y el emperador.

M. Lefebure.—¿Cómo?

Antonio.—No se mueva V. Permítame que haga un bosquejo.

Sagan.—En efecto, es sorprendente.

M. Lefebure.—Pero...

Antonio.—No hable V.: se desarregla la boca. Gargantua, deja eso al momento y copia el perfil del señor.

M. Lefebure quiso hacer aun algunas observaciones; pero Antonio Huguet le dijo imperiosamente que sería muy poco amable si no le permitía aprovecharse de la casualidad que le ofrecía el placer de sacar un bosquejo exactamente parecido al grande hombre. M. Lefebure, que se parecía á cualquiera mas que al emperador, concluyó por ceder, y permaneció con la cabeza erguida, los ojos fijos, sin atreverse casi a respirar, mientras que Antonio y Gargantua continuaban sus trabajos tranquilamente sin ocuparse de él para nada. Al cabo de media hora mortal, M. Lefebure se levanta y empieza á pasearse por el taller.

Viendo Antonio que M. Lefebure no se decide á marcharse, entona una de las canciones conocidas en los talleres bajo el nombre de *sierras*, que se canta siempre con música monótona y fastidiosa, hasta que la persona á quien se quiere echar políticamente se marcha. M. Lefebure no se fué. Eduardo Sagan entonó otra *sierra*.

A la tercera repeticion de una *sierra*, mataria uno á su mejor amigo por no oírle. M. Lefebure no pensaba aun en moverse, y la *sierra* se habia cantado once veces. Antonio Huguet tomó la palabra.

—¿V. pregunta por don Fernando?

M. Lefebure.—Por don Fernando Lefebure.

Antonio.—El caso es que está en el campo, y regularmente no volverá hasta dentro de ocho días.

M. Lefebure.—¿Y por qué diablo no me lo han dicho Vds. antes? Yo me marcho esta noche al Havre, donde tengo que arreglar ciertos negocios, y no volveré á Paris hasta dentro de un mes.

Antonio.—¡Lo vá á sentir mucho!

M. Lefebure.—No podremos arreglar nuestras cuentas hasta mi regreso. Además, pienso llevarle conmigo por razones que él sabe y que yo le explicaré ulteriormente. Señores, saludo á Vds.

—Caballero, á la orden de V.

XI.

Al mismo tiempo que M. Lefebure servia de modelo para el retrato de Napoleon, Fernando y Carlos habian bajado á la calle. Esperaron en balde á la vecina durante una hora. Ya iban á marcharse cuando exclamó Carlos:

—Mírala, ya vuelve de fuera. Se conoce que salió de su casa mientras nosotros bajábamos la escalera.

Fernando.—Vamos, á tu puesto.

Carlos se acerca á la vecina, y andando á su lado empieza á hablar en voz baja. Ella apresura el paso. Carlos continúa á su lado hablándola. Ella le ruega que la deje en paz. Entonces se acerca Fernando.

—Caballero, ¿qué significa eso, insultar á una jóven en medio de la calle? Ruego á V. que deje continuar tranquilamente su camino á esta señorita.

—Caballero, no recibo órdenes...

—Me hará V. el obsequio, sin embargo, de no desobedecer la que acabo de darle á V.

—Es V. un insolente.

—Tome V. mi tarjeta.

—Tenga V. la mía.

Cárlos se retira.

Fernando.—Señorita, ya vé V. que estas calles no ofrecen seguridad; dispéñseme V. el obsequio de permitirme que la acompañe hasta su casa.

La jóven se inclina en señal de asentimiento y apoya su diminuta mano en el brazo de Fernando. No tenían que andar mas que veinte pasos, y Fernando no tuvo tiempo para hablarla.

La vecina llama á la puerta de su casa y saluda graciosamente á Fernando, diciéndole:

—Mil gracias, don Fernando.

Entra precipitadamente y cierra la puerta.

Fernando se queda estupefacto. ¿Cómo sabe aquella mujer su nombre? Además, aquella voz no le es enteramente desconocida.

Al dia siguiente, Fernando recibió por el correo esta carta:

«Fernando, estoy cerca de V., todo lo he dejado »por no faltar á la fé que le juré. He abandonado á »mis padres, y hace un mes que lo veo á V. diaria- »mente; el recuerdo del barrio que V. me designó me »ha hecho buscar un cuarto en su misma calle: la ca- »sualidad me le ha deparado enfrente de las ventanas »del que V. ocupa. Hace un mes que paso mi vida »mirándole á V. cuando está en casa, esperándole »cuando está fuera. Mi compañera de colegio, mi ami- »ga Laura Lemauls, en cuya casa me refugié cuando »llegué á Paris, ha comprometido á toda su familia á »que favorezca nuestros deseos; su padre ha escrito »al mio implorando su perdon y su consentimiento para »nuestro enlace. Solo esto puede devolverme al lado »de mis padres y arrancarme á la desesperacion, que »seria de lo contrario mi único recurso. La ventajosa

»posicion que ocupa el padre de Laura, y su eficaz
»intervencion, me han hecho concebir esperanzas li-
»sonjeras. Hasta que se realicen, Fernando mio, no
»debemos vernos; no quiero que se den á mi conducta
»interpretaciones desfavorables. Quiero conservar le á
»usted una esposa digna y virtuosa, y espero que
»usted no hará gestion ninguna para hacerme variar
»de resolucion. Espero la respuesta que dé mi padre
»al de Laura; si es favorable, regresaré al seno de mi
»familia, donde V. irá á buscarme; si no lo es, ya he
»formado un propósito irrevocable. Si no soy de us-
»ted, no perteneceré á otro hombre.

»HORTENSIA.»

Despues del primer y natural impulso de alegría por haber hallado á su Hortensia que creyera haber perdido para siempre, Fernando se estremeció al recordar su enencuentro con ella. Buscó minuciosamente si no habia dicho nada la tarde anterior que pudiera haberla infundido sospechas; recordó con horror que la casualidad habia hecho que no le hubiera tocado á él el papel de insultador y á Carlos el de protector. La respondió que confiaba en el porvenir; la casualidad que habia hecho que se hallaran y se reunieran tenia algo de providencial.

A pesar de su vehemente deseo de verla, de estar á su lado, de oír su voz, sobre todo despues de una ausencia tan larga, mas que una ausencia, puesto que la creyó perdida para él, no podia menos de aprobar la delicada conducta de su Hortensia, y no podia abstenerse de confesar que la severidad y la reserva de la amante aumentarían, si esto era posible, el amor reservado para la esposa.

Que ya no saldría de su cuarto para estar mas cerca de ella; esperaba verla algunas veces entre las cortinas de la ventana.

Seguia despues un sermon solemne aconsejándol^a que no se desesperara aunque su padre se obstinara en negar lo que se pedia, sino que esperara y luchara.

Todo sucedia como lo deseaba Hortensia. Por la mañana muy temprano, antes de que los habitantes de Paris despertaran á la hora en que solo se oyen aun los pasos lentos de los albañiles que van al trabajo, y el ruido seco y sordo de los carros de las lecheras, los dos amantes se daban los buenos dias desde las ventauas.

Todo el dia estaban trabajando detrás de las mismas ventanas cerradas, y no dejaban de verse ni un momento.

Por la noche, hácia las diez, las ventanas se abrian de nuevo, y se atrevian á decir: «Buenas noches.»

Hortensia esperaba la carta de su padre con una ansiedad cruel: de aquella dependia su vida ó su muerte.

Su imaginacion, agitada por el encuentro de Fernando, aumentaba la exaltacion natural de sus ideas, que con cada dia de retraso se hacian mas sombrías.

Fernando, por el contrario, lo veia todo de color de rosa, y en sus cartas á Hortensia no la hablaba sino de «su felicidad.»

Todo era proyectos para lo futuro, métodos de vida para cuando estuvieran casados.

Algunas veces Hortensia, aunque no confiaba tanto como su amante en un resultado feliz, se dejaba llevar tambien al risueño y fértil terreno de las ilusiones, y ambos entonces, hablando del porvenir, descendian á su vez á minuciosos detalles.

Es imposible que la dicha pudiera hallar nunca dos séres mas dispuestos á recibirla.

Todas las cuestiones de mas ó menos importancia estaban sujetas á discusiones: la silleria de la sala será carmesi; se comerá las seis; dos criados y una cocinera serán suficientes.

En cuanto á los hijos, las niñas se educarán en casa; Fernando quiere que los niños vayan á un colegio; su tierna madre quiere conservarlos á su lado.

Despues de una discusion que llena varias cartas, concluyen por arreglarse, merced á ciertas concesiones de ambas partes.

Pasarán todos los veranos en el campo; vivirán á la orilla de un rio, y tendrán una huerta estensa.

Hortensia quiere tener pichones; Fernando teme que hagan destrozo en las flores y hortaliza. Pero Hortensia recuerda entonces los hermosos pichones blancos confidentes de sus amores, y refiere á Fernando la suerte desgraciada que tuvieron.

Fernando concede los pichones, pero espresa un vivo deseo de clavar á M. Quantin en la puerta del patio de su futura casa de campo, como se hace con las aves de rapiña y los murciélagos.

Entonces se cuentan todas las tristezas, todos los malos ratos causados por la separacion.

Fernando ha sido mas desgraciado que Hortensia; se creia olvidado, abandonado.

M. Quantin, autor y causa de sus desgracias, será castigado tarde ó temprano.

Le sorprende que M. Quantin se permitia vivir aun, despues de haber cometido tantos delitos.

Solo provisionalmente le recomienda la justicia divina.

Escribe despues una *palomaida*, es decir, doscientos versos sobre los pichones.

El poema concluye con una maldicion enérgica, elocuente, á M. Quantin.

El poema maldice á M. Quantin, al padre y á la madre que le dieron el ser, al ama de leche que le crió, al buey de cuya piel están hechas las botas, al zapatero que las ha hecho, á la oveja de cuya lana se ha hecho el paño de su vestido, la tierra que ha producido el trigo de cuya harina se ha hecho el pan que ha comido, el cuchillo con que ha cortado ese pan, etc., etc.

En otras ocasiones, Hortensia exaltada con ideas tristes escribía á su amante que si no podia unirse, se mataría.

Fernando contestaba que estaba pronto á morir con ella.

—¿Es cierto lo que V. dice? preguntaba Hortensia.

—¡Lo juro por mi amor! contestaba Fernando.

Una noche llegó un mozo en casa de Hortensia, y la entregó una carta en cuyo sobre se leía: *Urgentísimo*.

La letra era de Laura.

«Querida Hortensia: Solo puedo darte noticias malísimas. Tu padre está en Paris.»

Hortensia dejó caer la carta, y se quedó algunos instantes suspensa.

Su cuerpo temblaba como si estuviera atacada por una convulsion, y una nube espesa que parecia tener delante de la vista, la impedia que distinguiera las palabras.

«Ha llegado muy conmovido y ha pedido á mi padre una entrevista secreta. Su conversacion ha sido muy animada... A pesar de haberles estado yo escuchando detrás de un tabique, no he podido oír»

»mas que palabras sueltas. Tu padre gritaba mas que
 »el mio; decia que quiere mas verte muerta que faltar
 »á la promesa hecha á su amigo moribundo. Que ha
 »venido para mataros á tu amante y á ti, si tu falta era
 »aun de mas trascendencia de lo que se ha figurado.
 »Mi padre ha pronunciado discursos elocuentes sobre
 »las malas consecuencias... de un casamiento por
 »fuerza. Le ha dicho que lo que él habia prometido á
 »su amigo, era contribuir á la felicidad de su hijo; y
 »¿podia él figurarse que si su amigo existiese ó volviese
 »al mundo, querria unir su hijo con una mujer que
 »estaba enamorada de otro? ¿Lo que él llama ser fiel
 »á su promesa, no es, por el contrario, hacer traicion
 »á su difunto amigo? ¿Cree acaso que su amigo no le
 »pedirá estrecha cuenta de la vida de padecimientos,
 »de ódios y de incomodidades de todas clases á que
 »vá á condenar al hijo que tan eficazmente le reco-
 »mendó?

»Tu padre se ha mostrado inflexible: ha exigido
 »de mi padre que le dijera dónde te ocultabas. Mi
 »padre ha vacilado. El tuyo entonces se ha incomo-
 »dado seriamente; ha hablado de justicia, de tribuna-
 »les, de seduccion, de complicidad, etc. El mio ha
 »contestado:

—«Caballero, deseo infinito no volverme á encon-
 »trar con un hombre tan ridículamente violento como
 »usted; solo mi hija sabe donde vive la de usted.
 »Voy á decirle que baje.»

»Tiró de la campanilla, y ordenó á un criado que
 »me buscara por toda la casa. Yo le mandé que dijera
 »á mi padre que habia salido, y volveria quizás algo
 »tarde. Entonces le dijo al tuyo:

—«Tan pronto como Laura vuelva, le enviaré á us-
 »ted las señas de la casa donde vive Hortensia.»

»Tu padre se marchó al fin profiriendo amenazas
 »terribles contra ti.

»Te escribo apresurada, mientras que mi padre, á quien no he podido convencer, le envia las señas de tu casa al *autor de dias* mas obstinado que he conocido. Es menester que te escondas, tal vez no tendrás recursos: te envio unos cuantos napoleones de mis ahorros. Dime el sitio en que te ocultes. Voy á rogar á Dios por ti, mi pobre Hortensia.

»LAURA LEMAULT.»

XII.

Hortensia, entregada al mas violento espanto y á una desesperacion terrible, queria fugarse al instante; pero de noche, y sola, ¿á dónde habia de ir? Esperó á que amaneciera el dia siguiente. Se durmió rendida por el cansancio que le produjeron las vivas sensaciones de aquella noche, y por la mañana, una mujer que la servia la encontró atacada de una calentura muy fuerte.

Una carta que recibió no era propia para calmarla: era de su padre. La noche anterior, al bajar una escalera, se habia desconcertado una pierna, y á no ser por esto habria ido á buscarla al asilo en que ocultaba su vergüenza.

Esta desgracia le privaba de levantarse. La aconsejaba con este motivo que aprovechara el término que esta casualidad fatal le obligaba á concederla para arrepentirse de su crimen. La ordenaba que siguiera al portador de la carta, y fuera á reunirse con él á la fonda en que estaba hospedado. Si se resistia

á ello, se haria llevar á su casa en una silla de manos, y mataria á su seductor.

Hortensia despidió al que habia llevado la carta diciéndole que ella mandaria la contestacion.

Pidió en seguida papel y un tintero, y escribió unas treinta líneas con una velocidad extraordinaria. Nunca habia corrido aquella pluma tan rápidamente: ni aun cuando el pájaro que la llevara atravesaba los mares en busca de climas mas templados.

Le dijo á su asistenta que queria vestirse. Tenia el color encendido y los ojos brillantes. La asistenta la hizo algunas observaciones; la dijo que estando enferma haria mejor en permanecer en la cama.

Hortensia pareció ceder, escribió una carta para Laura, y mandó á la asistenta que se la llevara.

—Despues llevará V. esta otra á donde indica el sobre; es para mi padre. No ha de llegar á sus manos hasta dentro de hora y media.

—Pero, señorita, ¿se vá V. á quedar sola estando enferma?

—Mande V. subir la portera.

—¿No seria mejor que mandase V. estas cartas con un mozo?

—No, es menester que V. misma las lleve. Envieme usted la portera.

La asistenta salió, y subió la portera.

—Ayúdeme V. á vestir. Saque V. un vestido blanco del cajon de arriba.

—¿Este?

—No; otro que sea mas bonito.

—¿Vá á salir la señorita?

—Sí; voy á buscar á mi padre. Se ha decidido el casamiento.

—¿Que casamiento?

—¡Ah! no sabe V... mi casamiento con Fernando.

—Está V. enferma, señorita; mejor haria V. en acostarse.

—¿Yo enferma? Nunca he estado mejor, ni me he considerado mas dichosa. Vaya V. á una fonda y diga usted que me traigan al instante lo que escribo en esta lista. Vaya V. pronto. ¡Ah! tráigame V. tambien lo que he puesto en este papel.

Cuando Hortensia se quedó sola, se arrodilló, rezó, derramó abundantes lágrimas, y quemó las cartas de Fernando, su tesoro.

Volvió la portera, y trajo lo que habia ido á buscar. Pidió que la dejaran sola. Un cuarto de hora despues manda buscar un coche y un mozo, envia en casa de Fernando la comida que habia mandado traer, y atraviesa la calle, despide el coche, y subiendo con el mozo, llama á la puerta.

Abre Fernando y esclama:

—¡Hortensia!

El semblante de Hortensia, tan animado poco antes, estaba á la sazón pálido como el de una muerta; solo sus ojos parecian despedir fuego.

—Sí, es Hortensia. Escuche V., no podemos vivir así. Hoy ha de empezar nuestra felicidad.

—¡Cielos! Hortensia, ¿qué tiene V? Está V. pálida; un temblor convulsivo agita sus miembros.

—¡Ah! ¡soy tan feliz! Nos vamos á unir para siempre.

—¡Cómo! ¿su padre de V. ha consentido...?

—No. Pero... ¿qué importa? He traído la comida de bodas. Encienda V. las bujias; deme V. un espejo, que me voy á poner en el pelo el ramo de azahar. ¿Le parece á V. que me está bien?

—¡Está V. hermosa cual nunca la he visto!

—¡Oh! me alegro. Pues bien: no me verá V. ya nunca menos hermosa. Póngase V. otro traje, el mejor que V. tenga,

—¿Para qué? ¿Qué quiere V. hacer?

—Ya lo verá V.

Fernando permanece breves instantes en una habitacion inmediata; cuando vuelve halla la mesa puesta.

—¡Ah! ¡cuánto mas guapo está V. así? Escuche usted; no quieren bendecir nuestra union. ¡Dios la bendecirá! Arrodílese V. á mi lado; tome V. este anillo. ¿Me recibe V. por esposa?

—¡Oh! sí.

—Y yo tomo á Fernando por esposo. ¡Dios mio! bendecid nuestra union. . Póngame V. el anillo en el dedo. Ya estamos casados. Condúzcame V. á la mesa donde se vá á celebrar el banquete de bodas.

Comen y beben, ó por mejor decir, no hacen ni lo uno ni lo otro. Fernando coge una botella para echar vino.

—No, de ese todavía no; es para el *postre*, es para brindar á la salud de los novios; ese será *el último que bebamos*. ¿No come V. fruta?

—No.

—Bueno. ¡Oh! hay una cosa que no le he dicho á usted todavía. Se trata de elegir entre disfrutar unas cuantas horas de esta felicidad, ó de arrastrar una existencia miserable durante mucho tiempo. Yo he optado por disfrutar las horas de felicidad, y he hecho esta eleccion por V. y por mí.

—¡Cómo!... Hortensia... no entiendo...

—Ahora me entenderá V. Es que mi padre está en Paris.

—¡Ah!

—Nos negó su consentimiento: le busca á V. para matarle. A mi me quiere encerrar en un convento, donde moriria lentamente de desesperacion: estariamos separados eternamente. He preferido reunirme con usted. Dentro de dos horas vendrá él aquí. Le he escrito una carta en que decía:

«Tengo el honor de participar á V. el casamiento y el fallecimiento de su hija Hortensia con don Fernando, pintor, que vive calle de... número...»

—¡Hortensia... amada mia! Cálmese V.

—¿Por qué no me llamas tu esposa?

—Esposa mia, por piedad, cálmate. ¡Hay una incoherencia en tus palabras!

—No, Fernando, todo lo que digo está bien puesto en razon, te lo aseguro. Soy tu esposa. ¿No es suficiente un instante siquiera de esta dicha, y no merece adquirirle á costa de nuestra existencia? ¡Y de una existencia que pasaríamos separados y desgraciados! Vamos á morir: este vino está envenenado.

—¡Hortensia, estás loca!

—¡No, V. es el que se ha vuelto cobarde! Si vivimos estaremos separados. Vale mas morir; si V. prefiere la vida, si no se atreve V. á morir conmigo, me mataré yo sola, y moriré con mi corona de azahar.

Y entonces, mas rápida que el pensamiento, Hortensia se arrojó á la ventana, la abrió, y se iba á precipitar, cuando Fernando la detuvo entre sus brazos, y cerró la ventana herméticamente.

—¡Hortensia, amiga mia!...

—¡No se atreve siquiera á llamarme su esposa! ¡Ah! ¡entonces mentias cuando me decias que morirías conmigo si no nos casábamos! ¡Mentias, si!

—¡Hortensia, amada, cálmate, no está todo perdido aun!

—¡Todo se ha perdido, si! Me mataré sola; todo lo que he hecho, mi venida aqui me deshonorá si no muero al instante. ¿Se ha figurado V. por un momento siquiera que á no tener la seguridad de refugiarme en brazos de la muerte, me hubiera yo atrevido á venir aqui? ¡Pero V. no se atreve á adoptar un partido estremo!

—Hortensia, el cielo me es testigo que es á tí á quien yo quiero salvar.

—¡El salvarme! es imposible: ¡mi muerte está decidida!

Toma la botella y llena un vaso del ponzoñoso licor.

—Escucha: bebamos, y moriremos juntos... dentro de una hora; tal vez mas tarde. ¡Una hora! ¿Crees que es pagar muy cara una hora de felicidad con el resto de una vida de tristeza y desesperacion?

—Hortensia, tienes razon, ¡toda la vida por una hora de felicidad! ¡Dame, dame, quiero beber el drimero!

Fernando ciñó con su brazo el esbelto talle de su amada, que reclinó su encantadora cabeza sobre el hombro del que llamaba su esposo: despues cogió el vaso con la otra mano.

En este momento sonaron en la puerta golpes atronadores y repetidos.

Fernando se precipitó á abrirla, pero antes de que llegara á ella cedió á la violencia de los golpes, y saltó hecha astillas.

Un hombre, sostenido por un criado, entró gritando:

—¡Mi hija! ¡mi hija! ¿Dónde está mi hija?

Despues se dejó caer en un sillón.

Hortensia exclamó:

—¡Mi padre!

Y se arrojó á sus pies, y en sus brazos, y prorumpió en lágrimas.

En este momento entró el caballero de la levita de color de castaña, conocido por el nombre de M. Lefebure.

—¡Hombre, hombre! ¡qué ruido! ¡Qué hay en tu casa? ¡Diantre! una jóven y... ¡Calla! ¿Es V. M. De-launay?

—¿Es V. M. Lefebure? ¿Qué hace V. aquí? ¿Qué casualidad!...

—Pero V... esta hermosa jóven llorando...

—¡Oh, M. Lefebure, todo se ha perdido! ¡Esta desgraciada me ha deshonrado, y no puedo cumplir ya á mi pobre amigo la palabra que le di cuando murió!

—¿Pero cómo está ella aquí?

—¡Oh, la creí muerta!... ¿Pero, dónde está el pícaro que deshonra mi familia?

—¿No me responde V? ¿Cómo se encuentra V. aquí con su hija?

—¡Ah, M. Lefebure! ¡Tomo á V. por testigo de que yo queria cumplir esa promesa sagrada; pero ahora ya!... ¡Ah! Dígaselo V. á su sobrino...

—Dígaselo V.

—¿Cómo?

—¿Dónde cree V. hallarse en este momento?

—¡En casa de un pícaro, de un infame!

—Si es ese el concepto en que V. tiene al amo de la casa, no estraño ya que mi sobrino no se apresure á hacer á V. los honores.

—No. No engañaré á un jóven bueno y honrado; no le daré por esposa una mujer culpable.

—M. Delaunay, la verdad; ¿está V. loco?

—¡Tengo un pesar profundo por esta desgracia!

—¡Pero hombre, si ahora poco era mi sobrino un pícaro, un infame, y ahora es un jóven bueno y honrado!

—¡M. Lefebure, V. es el que está loco! Mi hija está aquí... aquí... en casa de un hombre!

—¡Pues bien! ¡Voto á brios! en casa de mi sobrino!

—¿Cómo! ¿Su sobrino de V?

—Que es este.

—¡Su sobrino de V. Fernando Lefebure!

—El mismo. El hijo de mi hermano, de su desgraciado amigo de V. El jóven á quien está destinada su hija de V. desde niña.

Hortensia se habia arrojado en los brazos de su padre... lloraba... reia... diciendo:

—¡Oh, padre mio! ¿Con que era él?

FIN DE HORTENSIA.

— El mundo entero se ha unido
 para celebrar el nacimiento de
 este niño, y todos los pueblos
 de la tierra se han alegrado
 por el nacimiento de este
 niño, y todos los pueblos
 de la tierra se han alegrado
 por el nacimiento de este
 niño.

KIN DE HORTENSIA